

MUJERES DE CINE, EN EL CINE Y CON EL CINE

XII CERTAMEN DE NARRATIVA BREVE

DONES DE CINE, AL CINE I AMB EL CINE

XII CERTAMEN DE NARRATIVA BREU

Alice Guy, primera directora de cine (1873-1968)



AJUNTAMENT DE VALÈNCIA
REGIDORIA DE BENESTAR SOCIAL I INTEGRACIÓ
SECCIÓ DE DONES I IGUALTAT

PLA **miq** Pla Municipal per a la
Igualtat d'Oportunitats
entre Dones i Hòmens

CENTRE MUNICIPAL DE LA DONA
cmq





Alice Guy, primera directora de cine (1873-1968)

XII CERTAMEN DE NARRATIVA BREVE

El cine es un medio audiovisual que facilita la transmisión de valores sociales y culturales en nuestra sociedad. Actualmente las imágenes son una importante herramienta de información y formación y por tanto de influencia en la población.

La imagen que el cine trasmite de las mujeres, puede modificar el imaginario colectivo respecto a sus roles, capacidades, actitudes y posibilidades, facilitando así romper con los estereotipos tradicionales.

Afortunadamente cada vez son más las películas en las que las mujeres son las protagonistas y no sólo personas a las que hay que salvar, cuidar o mimar como seres inferiores y débiles a quienes los hombres deben proteger. Cada vez son menos las películas en las que la mujer es una simple acompañante, en las que no aparece ningún personaje femenino o, al contrario, en las que todas las protagonistas son mujeres pero con temáticas consideradas hace años como “propias” de las mujeres.

Y esta realidad cambiante es así porque hoy son más las cineastas que, desde su posición detrás y delante de las cámaras, hacen valer su visión de las mujeres de hoy en día. Mujeres que pueden ser protagonistas de sus propias historias, que pueden valerse por sí mismas y salvar a otras personas, protagonistas de historias de acción, de ciencia ficción, intimistas, de reivindicación, comedia o humor. Mujeres que dirigen películas de guerra, románticas o documentales, o la primera mujer saudí que este año ha dirigido por primera vez una película, teniendo que transmitir en ocasiones las órdenes por *walkie-talkie* desde una caravana.

Con el tema elegido este año para la celebración del Día Internacional de la Mujer, queremos impulsar y destacar a las mujeres del cine que suelen estar escondidas y que no son tan valoradas como los hombres en un ámbito y una industria que mueve mucho dinero y en el que es difícil hacerse un hueco.

Desde la primera directora de cine que ilustra la difusión de nuestras actividades, Alice Guy hasta mujeres de la talla de Iciar Bollaín, ganadora de un Goya como directora o Kathryn Bigelow, primera directora ganadora de un Oscar, ha habido en nuestra historia muchas desconocidas a las que no se les ha dado la oportunidad de expresarse, por el simple hecho de ser mujer.

El XII Certamen de Narrativa Breve “Mujeres de cine, en el cine y con el cine” organizado por la Concejalía de Bienestar Social e Integración del Ayuntamiento de Valencia, ha querido dar la oportunidad de reflexionar, sobre la imagen de las mujeres en el cine a lo largo de la historia y en la actualidad, su papel delante y detrás de la pantalla, sus dificultades y obstáculos para hacer cine y su lugar en la industria cinematográfica, tal y como se expone en sus bases.

El resultado ha sido la participación de 76 narraciones, de las cuales el jurado ha seleccionado 15 trabajos, los 3 premiados del certamen y los 12 mejores que les siguen y que a continuación les presentamos en esta publicación.

XII CERTAMEN DE NARRATIVA BREU

El cine és un mitjà audiovisual que facilita la transmissió de valors socials i culturals en la nostra societat. Actualment les imatges són una important ferramenta d'informació i formació i, per tant, d'influència en la població.

La imatge que el cine transmet de les dones, pot modificar l'imaginari col·lectiu respecte als seus rols, capacitats, actituds i possibilitats, per a facilitar així trencar amb els estereotips tradicionals.

Afortunadament cada vegada són més les pel·lícules en què les dones són les protagonistes i no solament persones a qui cal salvar, cuidar o mimar com a sers inferiors i dèbils als quals els hòmens han de protegir. Cada vegada són menys les pel·lícules en què la dona és una simple acompanyant, en les quals no apareix cap personatge femení o, al contrari, on totes les protagonistes són dones però amb temàtiques considerades fa anys com “pròpies” de les dones.

I esta realitat canviant és així perquè hui són més les cineastes que, des de la seua posició darrere i davant de les càmeres, fan valdre la seua visió de les dones de hui en dia. Dones que poden ser protagonistes de les seues pròpies històries, que poden valdre's per si mateixes i salvar altres persones, protagonistes d'històries d'acció, de ciència-ficció, intimistes, de reivindicació, comèdia o humor. Dones que dirigixen pel·lícules de guerra, romàntiques o documentals, o la primera dona saudita que enguany ha dirigit per primera vegada una pel·lícula, i que ha hagut de transmetre de vegades les ordres per *walkie-talkie* des d'una caravana.

Amb el tema triat enguany per a la celebració del Dia Internacional de la Dona, volem impulsar i destacar les dones del cine que solen estar amagades i que no són tan valorades com els hòmens en un àmbit i una indústria que mou molts diners i en el qual és difícil fer-se un buit.

Des de la primera directora de cine que il·lustra la difusió de les nostres activitats, Alice Guy, fins a dones de la talla d'Iciar Bollaín, guanyadora d'un Goya com a directora o Kathryn Bigelow, primera directora guanyadora d'un Oscar, hi ha hagut en la nostra història moltes desconegudes que no han tingut l'oportunitat d'expressar-se, pel simple fet de ser dona.

El XII Certamen de Narrativa Breu “Dones de cine, al cine i amb el cine” organitzat per la Regidoria de Benestar Social i Integració de l'Ajuntament de València, ha volgut donar l'oportunitat de reflexionar sobre la imatge de les dones en el cine al llarg de la història i, en l'actualitat, el seu paper davant i darrere de la pantalla, les seues dificultats i obstacles per a fer cine i el seu lloc en la indústria cinematogràfica, tal com s'exposa en les seues bases.

El resultat ha sigut la participació de 76 narracions, de les quals el jurat ha seleccionat 15 treballs, els 3 premiats del certamen i els 12 millors que els segueixen i que a continuació els presentem en esta publicació.

A Maximilian Molière le dolía la cabeza. No era de extrañar, debido a los gritos de Janine. Será mejor que sigamos mañana, dijo el director desabrochándose un botón de la camisa y remangándose los puños. Janine se levantó de la camilla, se quitó la prótesis que llevaba pegada al vientre y la dejó sobre una silla. Después de esto, creo que no me quedaré embarazada en la vida, dijo la joven, dispuesta a darse un baño relajante en el jacuzzi. Ciao, preciosa, la despidió Molière. Lesley, ¿me puedes traer un café? La enorme negra salió del estudio y se abrió paso con sus voluminosas caderas entre los extras vestidos con sábanas blancas que habían asaltado la cafetería. Cuando consiguió llegar a la barra, pidió un whisky doble al camarero. Treinta y siete tomas del asesinato de César, le dijo el viejo Joseph mientras llenaba el vaso. Odio las películas de romanos. Y a vosotros, ¿cómo os va? Janine está a punto de dar a luz, dijo Lesley. Lleva toda la tarde intentándolo, pero lo único que ha conseguido ha sido producir una jaqueca general a todo el equipo con sus alaridos. Joseph se rio emitiendo un sonido cascado. ¡Ah! Se me olvidaba. Ponme también un café para el jefe, le pidió Lesley. Cuando volvió al estudio, tras ver el aspecto alicaído de Molière, Lesley le ofreció un trago de su bebida que él aceptó. El café quita el sueño, jefe. El whisky en cambio despierta la imaginación, le dijo para animarle. Dime Lesley, ¿cuántos años llevas trabajando en estos estudios? Pues, empecé al poco de tener a mi tercer hijo, Michael, justo después de separarme por segunda vez, así que unos doce años, dijo la mujer. Y ¿cuántas películas me has visto rodar? Diez. Quizás once, contestó frunciendo el ceño al hacer memoria. Y ¿qué te parece ésta? ¿Quiere que le diga la verdad?, le preguntó la mujer rascándose una oreja. Molière asintió. ¿Está seguro? La gente pregunta cosas, y luego, al conocer la respuesta, se enfada. El gesto de Molière la invitó a seguir. Pues me parece una basura, contestó Lesley. ¿Y se puede saber por qué opinas eso?, le preguntó Molière sorprendido. ¿De nuevo quiere que le diga la verdad, jefe? Molière asintió mientras le quitaba el vaso a Lesley y le daba un nuevo trago. ¿Porque esto no hay quién se lo crea! Janine... ¿Qué le pasa a Janine?, preguntó Molière curioso. El personaje de Janine es espantoso. Pues el personaje de Janine se parece bastante a Janine. Pero quizás Janine no se parezca en absoluto al resto de las mujeres. ¿Mujeres? Sí, las mujeres, esos seres que están ahí fuera, hartos de sus vidas mezquinas, y que irán a ver su película para entretenerse. Y ¿qué se encontrarán? A Janine gritando como una energúmena. Es que está pariendo, dijo Molière armándose de paciencia. Pero en sus películas las mujeres siempre gritan, se ponen histéricas, juran que nunca más volverán a tener hijos, y en la siguiente secuencia están maquilladas, peinadas como si acabaran de salir de la peluquería y con una preciosa criaturita en brazos que les hace rozar la plenitud. Puedo hacerle ahora yo una pregunta, dijo Lesley. ¿Cómo reaccionaría usted si yo le diera una fuerte patada en los testículos? No me mire con esa cara, no tengo intención. ¿Gritaría? ¿Se pondría histérico? Probablemente me quedaría mudo y me dejaría caer al suelo a causa del dolor, dijo Molière tras reflexionar unos segundos. A eso me refiero, dijo Lesley con aire triunfal. Usted hace que las mujeres hagan una parodia de sí mismas. De sus partos. De sus dolores, de sus miedos, de sus alegrías. Usted reproduce lo que cree que ellas hacen, pero, permítame decirle una cosa, al igual que yo desconozco qué se siente cuando uno recibe una patada en los testículos, creo que usted habla de cosas de las que no tiene ni idea. ¿Y sabe por qué? Porque el guión lo ha escrito un hombre. Y la película la dirige un hombre. Y los críticos son principalmente hombres. Y ninguno de todos ellos tiene idea de lo que significa abrirse para sacar una criatura que tiene la cabeza del tamaño de un melón pequeño por un modesto orificio. ¿Me entiende? Ahora fue Molière quien se rascó la cabeza. Una mujer recién parida huele a sudor y a sangre, y cuando una coge a su hijo entre los brazos siente la fascinación y el horror de la vida. No es un regalito envuelto en un lazo. ¿Lo entiende?, repitió Lesley. Y así sucede con muchas otras cosas, continuó la mujer animada por el efecto del whisky. El mundo que nos enseñan es el mundo que ustedes ven. Sólo pueden ofrecer su mirada, y ni siquiera se dan cuenta de lo confundidos que están. Como ocurre con esas películas pornográficas, llenas de hombres bien

dotados y de mujeres que gimen así, ¡ahhhhhhhhhhh!, ¡ahhhhhhhhhhh! y gritan, ¡venga!, ¡dale!, ¡dale!, ¡dale! ¿Realmente se ha encontrado una mujer real que haga algo así? Siento decirle que si le ha ocurrido, probablemente esa mujer fingía. Verá, no es por desanimarle, pero las mujeres tenemos otros deseos, y nos expresamos de otras formas que no tienen que ver con lo que sale en esas películas. Son películas hechas por hombres con fantasías masculinas. Y ahora, si no le importa, voy a seguir recogiendo. Cuando Molière, al día siguiente, le pidió a Lesley que dejara el puesto de camarera y limpiadora, la mujer se maldijo por lo bajo. Se había ido de la lengua, y no era la primera vez que le traía consecuencias decir lo que pensaba. De hecho la habían expulsado de la Universidad por realizar declaraciones inmorales, la habían apartado del Grupo de Mujeres Negras por inconformista, y había perdido su puesto de periodista por sus opiniones. Sin embargo, se equivocaba, puesto que Molière en ese mismo momento le ofreció ser su ayudante. Me gustaría que mis películas tuvieran un enfoque más... ¿Femenino?, preguntó Lesley que era incapaz de estarse callada. Sobre todo inteligente, le contestó Molière. Lesley se rio enseñándoles sus grandes dientes blancos y sus encías rosas. Esta vez sí que ha estado espabilado, jefe, le dijo dándole una palmada en la espalda. Bien espabilado, repitió, sin dejar de reír.

Moscú, 28 de Mayo de 1896

Querida madre:

Ésta es la tercera carta que le escribo sin respuesta suya. Sé que aún está enfadada conmigo y no le falta razón. Mi esperanza es poderle hacer comprender qué es lo que me llevó a dejar Lyon e iniciar esta aventura lejos de casa. Madre, ojalá pudiera ver todo lo que veo yo. Si hubiera continuado trabajando en la fábrica como usted me pidió, jamás habría conocido este nuevo mundo. Los señores Lumière dijeron que el cinematógrafo era una invención sin futuro alguno, pero se equivocan de medio a medio. Cada día que pasa estoy más segura de que el cine es el futuro mismo.

No hace muchas horas estaba allí, con el señor Charles Moisson apenas a unos metros del mismísimo zar de Rusia o de la carroza en la que viajaban la emperatriz y la duquesa Eugenia...Y pensar que en unos días usted misma podrá verlo en alguna sala de París, ¿no le parece magia? ¿Quién iba a imaginar que se pudieran transportar trocitos de vida ajena desde otros lugares para que pudiéramos verlos una y otra vez cómodamente sentados, como si miráramos por una ventana? ¿Acaso padre si viviera no estaría tan entusiasmado como yo?

Más tarde, en la celebración que tuvo lugar en Khodynka, ocurrió una horrible desgracia: una multitud de asistentes, animados por los refrescos y regalos que se repartían, se amontonaron de tal manera que más de mil murieron arrollados y otros tantos resultaron heridos. Todo quedó filmado, madre, para que el mundo lo vea. Ya nadie podrá ocultar nada, porque este testigo mudo de las imágenes nos lo contará todo sin engaños. No debe preocuparse, por fortuna ninguno de los tres resultamos heridos, aunque no consigo alejar aquel horror de mi mente.

En los próximos días acompañaré al señor Moisson y al señor Doublier para presentar el cinematógrafo a quien pudiera estar interesado en adquirirlo. Esa es la condición de los hermanos Lumière. Proyectaremos las imágenes que hemos tomado durante la coronación del zar y luego regresaremos a casa.

Deles un beso a Marie y a los niños.

Su hija que la quiere

Juliette

Dejando Moscú, 30 de mayo de 1896

Querida madre:

Nuestro viaje ha sido un éxito. Debería haber visto la cara de la gente cuando se proyectaron las imágenes sobre el lienzo blanco. Empezamos con la primera película que se filmó. El señor Moisson es tan amable... Eligió de las tres la versión en la que se me ve mejor. Marie me prometió que la llevaría a París para que usted misma la viera, ¿lo ha hecho? Si es así comprenderá de inmediato por qué quedé yo fascinada con este mundo. Soy de las primeras en salir, del brazo de Adèle, hay que estar bien atenta... ocurre todo tan deprisa ¿Recuerda madre? Fue un domingo, recién salidas de misa. Usted se enfadó porque, en lugar de acompañarla a casa, me fui derechita a la fábrica. “¿Pero es que no trabajas lo suficiente seis días a la semana? ¿Es que hoy también te darán el salario?” me preguntó. Nos habían convocado los señores Lumière para filmar su primera película comercial. Debíamos salir por el portalón de la fábrica como cada día, sólo que hubimos de elegir nuestro trayecto con cuidado: derecha o izquierda, nunca de frente, no fuera que nos lleváramos por delante el cinematógrafo que el señor Louis Lumière con tanto cuidado había fijado ante la puerta. Ninguna de las mujeres quiso quitarse el sombrero de los domingos. Accedimos, eso sí, a ponernos el delantal de faena. El resto puede juzgarlo usted misma. Si padre hubiera estado allí, ahora tendría para siempre su recuerdo, no quieto y serio como en la instantánea que guarda usted en la mesilla de noche, sino lleno de vida y movimiento, como yo siempre lo recuerdo.

Madre, aquel día de diciembre en que fui a París con Marie y usted no nos quiso acompañar, al verme en la pantalla como si fuera otra, caminando con prisa, intentando no mirar al frente, y tras de mí a mis compañeros de trabajo, al señor Doublier en bicicleta, me embargó la emoción. ¿Cómo podría explicárselo? Salida de los obreros de la fábrica Lumière. Y después la llegada del tren a la estación de Cyot, el derribo de un muro, el regador regado... ¿Se da cuenta, madre? ¡Podían contarse historias sin necesidad de palabras! ¡Historias que de otra manera nunca hubiéramos visto! ¿Cómo pretendía que hubiera seguido trabajando en la fábrica como si nada hubiera ocurrido? Por cada placa de bromuro que empaquetaba no podía dejar de pensar que una historia se perdía. Madre, cada placa no es sino una instantánea, un momento detenido atrapado por la cámara fotográfica...Pero la película del cinematógrafo es capaz de atrapar el alma de las cosas.

Por eso, cuando los señores Lumière decidieron enviar a sus operadores a filmar la vida en otros lugares y de paso promocionar aquel invento en el que no tenían demasiada fe, les pedí, más bien les supliqué, que me tuvieran en cuenta. Pero yo sólo soy una mujer, madre, aunque me haya esforzado tanto por aprender. Fue el señor Doublier quien intercedió por mí.

Respecto a las películas filmadas, nos requisaron las que tomamos en Khodynka.

Déles un gran abrazo a Marie y a los niños.

Su hija

Juliette

Schwerin, (Alemania), 5 de Junio de 1896

Querida madre:

Sé que le prometí que regresaría a casa tan pronto abandonara Rusia. De hecho, el señor Moisson será quien le entregue esta carta. Empiezo a pensar que mis letras se han perdido por el camino y quiero asegurarme de que le llegan noticias más.

El señor Doublier decidió detenerse en Alemania para continuar tomando imágenes y promocionando el cinematógrafo y no pude evitar acompañarle. La idea de volver al monótono trabajo de la fábrica me horroriza. Sé que en este viaje no sólo puedo ampliar mis horizontes sino también encontrar un modo de ganarme la vida y, sobretudo, de transmitir ideas, historias, hechos.

El señor Moisson me habló de un tal Meliès, un ilusionista que ha comenzado a utilizar las películas en sus espectáculos. Así es como lo veo yo, madre, como una forma de contar cosas más allá de mostrarlas. Estamos en época de grandes cambios y estoy segura de que en muy poco tiempo, con ayuda de los avances técnicos, la calidad de las imágenes mejorará y podremos filmar más allá de 50 segundos, que es el tiempo que actualmente nos podemos permitir.

También he oído hablar de Alice Guy y estoy deseando llegar a París para conocerla. Dicen que ha comenzado a filmar ella misma sus propias imágenes.

En una semana regresaré a casa y ansío poder abrazarla. Con todo mi afecto:

Juliette, su hija que salió de la fábrica.

Entre 2001 i 2010, al Pakistan foren assassinades més de 80.000 dones. Sols durant l'any passat, les organitzacions humanitàries enregistraren 321 casos de violació, 283 segrestos i 491 suïcidis. Dins de la llarga llista d'agressions no enregistrades, les dades mostren l'agreujament d'una situació social en què les dones no deixen de ser meres ciutadanes de segona, sense dret ni veu, a mercè d'un patriarcat tan violent com amenaçant. Assetjat pels conflictes veïns, assotat per la força opressora dels talibans, Pakistan no ha condemnat mai la tragèdia social que implica l'arrelament d'aquesta xacra.

Aquest conte, per tant, ret homenatge a totes aquelles dones que són testimoni de la indignitat i que per mitjà de l'art, del poder reflexiu del cinema, intenten sobreviure per exorcisar el drama d'uns temps que tant de bo foren, a diferència de les pel·lícules, ficció.

...

El trenc d'alba assumeix des dels tossals que envolten Islamabad una tonalitat violàcia, de vegades rossenca, que acull també nuvolades esponjoses, com de cotó en pèl. Amira matina cada dissabte per enregistrar l'espectacle amb la seua Betacam rogallosa i per a tal fi s'enfila, entremaliada, per les drecceres més costerudes que serpentegen muntanya amunt. El parell de quilòmetres verticals paguen la pena, principalment, pel silenci de l'indret. S'hi asseu, tranquil·la, fins que arriba el moment indicat i, tot seguit, engega la càmera.

Hi ha un moment de penediment, sobretot quan torna a preocupar-se pel fet que algun dia la puguen enxampar. L'aparell, de fet, pertany al seu germà major, qui treballa a la televisió local per poc menys de sis mil rúpies al mes: una misèria, segons els pares, qui sols esperen que Amira complisca els setze anys per tal d'oferir-la a qualsevol de les teixidores de la barriada. Amb la seua edat, la família podria guanyar ja un bon pessic, tot i que les condicions laborals són pèssimes i el sou, per descomptat, prou més minso que el del germà. L'adolescent, per contra, mai no ha volgut pensar en els plans que els seus li suggereixen cada vegada menys subtilment, encara que sap que pràcticament totes les seues amigues ja passen gran part de la setmana recloses en un taller tèxtil, entrellaçant costures i brodat camises de seda fins que cau la fosca sobre la ciutat i, poc després, sobre els seus muscles esgotats.

Trafegant amb la càmera, però, aconsegueix oblidar el destí que els seus li preparen a consciència. Té molt a veure, d'altra banda, el goig d'aprendre a fer marxar la feixuga màquina amb l'hàbit lector que a poc a poc hagué d'abandonar. *Les mil i una nits*, un dels pocs llibres que la biblioteca familiar atresora, fou una de les lectures que més la colpiren. I no és un llibre que pugua començar-se o acabar-se fàcilment, romia a sovint Amira, ja que després d'una primera llegida, el seu record sempre retorna a les aventures d'Ali Baba, a les corredisses d'Aladí o als desafiaments de Simbad, els quals resten immarcesibles a la seua memòria, com si foren històries vives, amb moviment.

Precisament, l'afany per copsar tots aquests ensonyaments fou l'estímul que la impulsà a empunyar l'estri de treball del germà. Assad, prou més comprensiu que els seus progenitors, ensenyà la germana a manipular aquell estrofolari objecte que moltes vegades deixava dormitant al pati, mentre les bateries es carregaven a l'únic endoll de casa, el del menjador. A Amira li cridava l'atenció la mida d'aquell embalum negre, replé de botons i connexions, així com de colps i rovells varis. De menuda no gosà mai posar-se-la al muscle, espantadissa i incapaç. Ara bé, d'ençà que el germà li impartí una primera lliçó, el vincle entre la Betacam i la jove s'estretí fins a formar un únic lligam: el que li permetia entrellucar el món a través d'un focus juganer, inabraçable com el mateix món que s'obria davant dels seus ulls.

Familiaritzada ja amb les possibilitats tècniques del dispositiu, no s'estigué de lluir-la al carrer alguna vegada. Amb el temps, engrescada per l'agorosa idea d'encetar el projecte d'un curtmetratge amb els amics del barri, no foren poques les vesprades que Amira trafegà amb la càmera junt als amics, disposada a convertir-se en

una nova Scheherezade tot i que, en comptes de produir contarelles, la seua missió era ara representar-les, aportar-hi un embolcall visual. I, poc dalt poc baix, aconseguí captar el deixant escadusser d'una mediocre catifa voladora o, de manera més casolana encara, la màgia d'una llàntia que esbufegava fum per l'obertura: domèstiques imitacions de no més de trenta segons que sabé emmagatzemar en una de les poques cintes verges que el germà atresorava. Fou precisament Assad qui descobrí les breus gravacions, tot penedint-se d'haver-li contagiad una afició gens recomanable per a una jove que en breu hauria d'encetar la seua vida laboral. En altres famílies amb menys capacitat de dispendi, tal fet es produïa prou abans. A la seua, però, ja calia que la més jove de la casa assumira les obligacions i els compromisos escaients. Ja n'hi havia prou, de permissivitat i de contes de fades, conclogué el germà, qui, tot i no haver contactat part de l'anècdota als pares, alligonà la germana per tal que no agafara mai més l'aparell. Tanmateix, el pacte d'Amira amb la Betacam era molt difícil de trencar i, per un altre costat, els *mai més* sols existeixen als contes. Contes que, des del seu imaginari, la impulsaven a no cedir en els seus anhels.

Des d'aleshores, Amira assumí els perills de desafiar la prohibició familiar. Coneixia testimonis ardents, com el de la seua companya Salma, a qui els pares apallissaren quan la jove desobeí el primer contracte laboral que la destinava a una fàbrica de sabates de Rawalpindi, així com el pesarós tràngol de la mare de la seua amiga Aamal, a qui el marit esguità d'àcid abans de destrossar-li el rostre i la vida sota la creença que la seua esposa li havia estat infidel. Tragèdies que Amira sols aconseguia oblidar quan la casa era buida i l'oportunitat de trafegar amb la càmera, encertada. Li feia feredat que algun dia pogueren interceptar-la intentant dur a terme allò que se'n diu cinema, paraula que a casa ningú no gosava pronunciar si no era per al·ludir la responsabilitat periodística d'Assad. Això no és cosa de dones, esbossava, seré, el pare, com si subratllara assertiu la clara advertència d'allunyar la seua filla d'enrevessades estratègies de distracció i, per al seu cognom i posicionament, humiliació.

El mecanisme de supervivència d'Amira passà a ser des d'aquell moment la clandestinitat i l'assumpció d'aquest mateix salconduit com a única forma de vida. Per la nit, quan ja feia dies que no premia l'on de la càmera, a la seua ment es congriaven mil i una imatges, com les dels seus preuats relats, llegits i viscuts en una retafila d'instantànies que algun dia aconseguiria, per ventura, traduir en fotogrames. No temia l'espera, ni tan sols l'alt preu a pagar. El seu somni s'anomenava cinema i sols el retrobava, perseverant i valenta, a la matinada, amb traïdoria, mentre tots dormien encara, aliens als propòsits de la deixeblla.

Tant de temps després, asseguda sobre la molca d'un pedregar, Amira rememora les penúries i els temors, ara que el sol ja tentineja l'horitzó. Enlluernada pel reflex primerenc, no sap el temps de rodatge que encara li queda a la cinta, la qual rodola amb dificultat, escanyada. De vegades pensa que el fet de filmar l'eixida del sol no és sols l'única escapadòria o escenografia disponible, sinó potser una espurna d'esperança. La inesperada metàfora que li xiuxiueja que el seu present potser s'ha fos en negre, mentre que el seu futur serà, sens dubte, fílmic.

Mi nieta me miraba perpleja, escrutadora incluso. Ni los premios de la Academia, ni los recortes de periódicos y revistas que enmarcados engalanaban las paredes de casa. Sólo había tomado conciencia de quién era yo al oír que esa semana del año 1981, la canción de Kim Carnes había entrado directamente en el nº 1 de las listas *Billboard* de la música.

—Abuela, ¿qué tienen tus ojos? Yo los veo saltones.

Pegué una carcajada enorme, un tanto enloquecida. La pequeña esperaba una respuesta. Su enfado era evidente. Ya había visto ese arqueo de cejas antes.

—Espera cariño, perdona a la abuela —le dije mientras agarraba su mochila para marcharse— *Ten paciencia con una anciana con ojos de rana.*

Mi tono de voz la tornó de nuevo de buen humor. Dejó su mochila y sacó de ella un vinilo. Vacilante me lo entregó. Era un single. La chiquilla había pospuesto sus tareas para ir a comprarlo.

—Peque, ¿lo ponemos?—Mi tono de voz evidenciaba una travesura compartida. —Corre.

La alegría de la casa pegó un salto, levantó la tapa del tocadiscos y en un santiamén ya escuchábamos el característico ruidito de su aguja. Sentía un conocido vibrar en mi interior, un hormigueo alegre. Pero ¡Dios Santo!, si estaba nerviosa. La letra era pegadiza, electrónica, como todas las de los locos 80. El estribillo hacía alusión a mis ojos, y el resto de la canción a mi pelo, a mis manos, a mis labios... ¡Qué curioso! Me describía como una belleza enigmática, susceptible de embrujar a cualquier hombre que se topara con mi mirada. Siendo sincera, me sorprendió. Consciente de no responder a los cánones de perfección de la *Universal Pictures*, siempre jugué la baza de caracterizarme como ninguna de mis otras compañeras estaba dispuesta, llegando incluso a representar papeles de mujeres mucho mayores que yo. Quizás gracias a no poseer las cualidades físicas más llamativas, pude llegar a ser Presidenta de la Academia en un mundo de hombres. ¡Válgame Dios! ¡Si hasta el nombre de la estatuilla es de hombre! ¡Oscar! Me importaba un rábano no haber estado en el fuselaje de nuestros aviones, dos generaciones ya habían cantado a mis ojos.

—¿Te gusta? A mí me gusta mucho.

—Sí, mi amor, me encanta.

Y así, pasamos una de las tardes más divertidas, contándole anécdotas a mi nieta y compartiendo con ella glorias pasadas. Una vez se marchó, ya con la noche asomando por la ventana, pude descansar de esa energía desbordante de la juventud y me tumbé en el sofá del salón. Como siempre, en seguida me quedé dormida, pero para variar, al despertar sí recordaba con nitidez lo que había soñado: con una mañana del año 1931.

Cuando me llamaron pegué un respingo del asiento. Me había quedado completamente dormida. *¿Cómo había podido descansar en esa silla tan endeble y no hacerlo en el tren?* Me topé con la mirada escrutadora de todas esas preciosidades, parecía evidente que me habían llamado varias veces. A mis pies, rendida, se tendía una alfombra de letras, repleta de notas, teléfonos y manchas de café.

—*Ruth Elisabeth Davis, oí de nuevo.*

Le pregunté a una pelirroja imponente qué hora era, y me señaló el reloj del estudio. No eran ni las doce y ya estaba agotada. Mi representante tuvo la genial idea de conseguirme dos pruebas para el mismo día, el 8 de marzo de 1931.

—Sí, *estoy lista.* Grité mientras me agachaba y recogía los folios desparramados de la audición. Sin ordenarlos, los apreté a mi pecho, y cuestioné de nuevo si había acertado eligiendo esa falda de tubo.

La voz que me esperaba en el umbral de la puerta tenía la asertividad de una planta. Sin mirarme, abrió la puerta que custodiaba y dirigió mis pasos a una pequeña sala de proyección. El contraste de luz con la sala de espera siempre era molesto. Odiaba las pruebas de cámara.

—*Deje su equipaje donde pueda y empecemos. Marc le dará el pie.*

Fueron sólo unos segundos, pero pude reconocer al Jefe de la *Universal*, Carl Laemmle. ¿Qué haría allí? Me puse muy nerviosa, desde que había sido contratada por el estudio no había conseguido ningún papel. Me coloqué donde me dijo el ayuda de cámara, me recogí el pelo y estiré mi blusa.

—*Cinco, cuatro, tres, dos, uno... ACCIÓN.*

No duró mucho, o eso me pareció a mí. La voz que, como una lluvia incesante, se oía al fondo, cesó por fin. Era el Director de fotografía.

—*Señorita, ¿puede soltarse el pelo? Repita la última frase.*

Respiré hondo y seguí sus indicaciones, incluso me alboroté un poco el pelo. El Tribunal de la Santa Inquisición deliberaba si llevarme a la hoguera o no, *¿me acusarían de brujería?*

—*Muchas gracias, ya la avisaremos.*

La verdad es que, aunque nunca podías saber qué carajo significaba eso, mi palpito era bueno. Sin embargo, quise asegurarme, y mientras recogía mi equipaje tardando algo más de la cuenta, pegué la oreja todo lo que pude.

—*Dudo de su rentabilidad para el estudio.*

Le debo mi carrera a una voz molesta, pesada y recalcitrante que contestó:

—*Yo creo que tiene unos ojos encantadores.*

El viento azotaba las ventanas de la vieja casa blanca de la sierra de Mariola, al lado del pueblo de Bocairent. Quedaban pocas horas de luz y debían grabar las dos escenas que faltaban en apenas dos horas. La primera escena tenía lugar en el salón, al lado de la chimenea. Paula y Marta se colocaron en sus posiciones. **Luces, cámara, acción.**

Alegría. Paula había salido esa mañana temprano, tenía que rodar un anuncio antes de llegar a la grabación de la película y no tuvo tiempo para desayunar. Carlos la esperaba en el edificio en el que se grabaría el spot. En el coche, de camino a la ciudad, Carla se empezó a sentir mal, pensó que tal vez era porque no había comido nada, o tal vez porque llevaba unos días nerviosa. Cuando entró en el edificio sintió que no se podía aguantar más y se dirigió al baño, vomitó hasta que no le quedó nada en el estómago. No sabía qué le pasaba pero tenía la impresión de que algo no iba bien. Se recogió su larga melena rubia y, sin avisar a nadie, salió del edificio y fue directamente a su médico. Miguel la atendió en seguida.

—Paula, no esperaba que vinieras, ¿ha pasado algo? —El médico parecía sorprendido ante la presencia de la actriz.

—Esta mañana me encuentro mal, rara, hace un rato he vomitado y en fin... más vale prevenir que curar ¿no doctor? —A pesar de que no se veían muy a menudo Paula sentía una relación de plena confianza con Miguel.

—Por supuesto, vamos a hacerte unos análisis.

Al cabo de un rato, el doctor volvió a su despacho con el resultado del análisis de orina. Se sentó en su mesa y la miró fijamente, intentando sopesar lo que le iba a decir y la reacción de la mujer, una reacción totalmente impredecible para él.

—Paula, no me andaré con rodeos, estás embarazada. —El doctor miró a Paula, que sonreía como si esperara esa resolución desde hace años.

—Gracias, muchas gracias.

Sin mediar palabra, se levantó, cogió su chaqueta que estaba apoyada sobre la silla y, dejando caer una lágrima de alegría, se dirigió hacia la sierra. Su móvil sonaba, pero no quería contestar, quería pensar en ella por un momento, sólo un instante, quería vivir su vida durante unos minutos.

Soledad. La primera escena había sido dura para Marta. Llevaba semanas intentando meterse en el papel de la protagonista, pensar cómo vive una drogadicta, experimentar la soledad, el abandono de la sociedad, la injusticia y la suerte de vivir en el lugar equivocado en el momento equivocado. Había llegado el momento de enfrentarse al miedo de la puesta en escena, éste era uno de los papeles más difícil que le había tocado retratar, y, en cierta manera, se sentía identificada con su personaje, sola ante una vida llena de obstáculos, aunque pensaba que la protagonista había elegido el camino fácil, o tal vez era el camino difícil... Se miró al espejo, ya maquillada, y entre todo el potingue que le habían puesto en la cara se reconoció en los ojos. Cuando terminó la escena, en la cuál morían sus padres ficticios, subió a la habitación que le habían preparado para volver a cambiarse de ropa y no pudo evitarlo, rompió a llorar, su llanto era una liberación, una terapia en la que purgaba todo el estrés de los últimos tiempos. Al cabo de un rato, llamaron a su puerta, se secó las lágrimas como pudo y abrió la puerta a su estilista. No quería que nadie supiera que había llorado, sonrió y se volvió a preparar para la siguiente grabación, sólo ella sabía cómo se sentía, y en cierto modo conservar la esencia de su ser era lo que hacía que todo aquello no la desbordara.

Envidia. Todavía eran las cuatro de la mañana cuando Silvia se despertó sobresaltada. Había tenido una pesadilla y tenía toda la almohada empapada de sudor. Se levantó como pudo de la cama y se dirigió a la cocina a por un vaso de agua. Todo permanecía todavía oscuro y en silencio, miró por la ventana y vio que el camión de

la basura se alejaba por la calle mayor. “Basura” pensó “ojalá recogieran toda la basura de este mundo, no sólo la que está en los contenedores”. La rabia la consumía, sólo era la ayudante de maquillaje de una productora, y aunque siempre había querido ser actriz, la habían rechazado en todas las pruebas que había hecho. Pensaba que no era justo, era guapa, delgada, morena, de ojos verdes, y a pesar de su belleza, siempre escogían a otras, no lo entendía. Ese día tenía que maquillar a las actrices de una película que se rodaba en un pueblo de Valencia, no le apetecía nada ver a esas mujeres superficiales, exigentes, sin un mínimo de empatía, si ella estuviera en su lugar se comportaría de otra forma, solía pensar. La mañana en el caserón en el que rodaban fue relativamente bien para ella. Maquilló a su debido tiempo a las actrices y no hubo ningún contratiempo, ese día fue un día más. Cuando llegó a su casa se sentía como siempre, vacía, sin expectativas, un día más sin posibilidades de hacer lo que ella siempre había querido.

Conocimiento. Las luces de la casa se apagaron y Nati caminó lentamente hacia el coche. Su chófer le estaba esperando, como tantas veces lo había hecho, a la salida del rodaje.

—¿Todo bien señora? —preguntó Lorenzo en el camino de regreso.

—Lorenzo, te he dicho mil veces que no me llames señora —respondió Nati ofendida.

—Lo siento Nati, ya sabes que no me siento cómodo tuteándote, entonces ¿todo bien?

—Sí, como siempre, los pequeños papeles son lo mío, lo he aceptado con el paso de los años, ya tuve mi momento, el momento de las grandes interpretaciones, ese momento en el que todo son adulaciones, una vez que te haces vieja los personajes que puedes interpretar son limitados pero no me puedo quejar, a mí por lo menos me llaman.

Cuando llegaron a su casa Nati se preparó un zumo de naranja y comenzó a repasar las ofertas de trabajo que su manager le había enviado. Ninguna le convenía, aunque no necesitaba el dinero tenía claro que quería morirse haciendo lo que más le gustaba en este mundo, interpretar para ser recordada, porque sobre todo no quería caer en el olvido.

Pasión. María Piñero había sido actriz durante 25 años; a los 55 tomó la decisión de que le interesaba más la vida detrás de las cámaras y dio un giro de 360 grados a su vida profesional, se hizo directora de cine. Ese mundo le resultó verdaderamente difícil al principio, era un mundo en el que los hombres eran el sexo predominante y todos dudaban de su capacidad de dirección, pero como en la vida las habladurías tienen un tiempo de caducidad y los actos son perennes se hizo un hueco en la industria cinematográfica y al cabo de los años logró ser una de las directoras más cotizadas. Ésta sería la película más importante en la que habría trabajado ya que contaba con un presupuesto diez veces mayor de lo que acostumbraba y quería que todo saliera perfecto. Una de las actrices principales se estaba retrasando y María se estaba empezando a poner nerviosa. Una hora más tarde de lo esperado llegó Paula.

—¿Dónde estabas? Tienes a todo el mundo esperando, ¿por qué no has contestado al móvil? —La primera ayudante de dirección estaba nerviosa.

Paula se disculpó y fue directamente a arreglarse. Mientras María repasaba el escenario, el vestuario de los actores, nada podía fallar, y aunque tenía a gente a la que pagaba para hacer ese tipo de tareas ella tenía que supervisar hasta el último detalle. Al cabo de un rato ya estaban todos preparados.

—Bien, empezaremos con la primera escena, recordad los momentos difíciles que está viviendo la sociedad, la crisis y los problemas desbordan a las personas, pero nosotras con esta profesión tenemos la suerte de hacer que por unos instantes esos problemas desaparezcan, disfrutad con lo que hacéis como yo lo hago y la magia del cine se desarrollará sola —todas asintieron y se prepararon para la orden—. **Luces, cámara, acción**

También había luna llena la noche en la que Paloma Vallés subió al escenario para recoger el premio a toda una vida dedicada al cine. Cuando bajó de la limusina, anduvo con paso firme sobre la alfombra roja, sin inmutarse ante los destellos de los fotógrafos ni las antorchas de las televisiones, sin apartar la vista de la luminosa esfera blanca que, mordida por vaporosas nubes grises, le ayudaba a recordar el día lejano en el que se había rodado la segunda escena de la secuencia tercera de la película que la había llevado a la fama. Sabía que cuando el encorsetado maestro de ceremonias dijera su nombre y ella se levantara de la butaca para subir al escenario entre aplausos, sobre la pantalla se estarían proyectando esas imágenes y todo el mundo volvería a pensar que nunca había brillado tanto como actriz.

Paloma, para preparar su personaje de Jerónima, no sólo se había aprendido el guión de memoria, sino que también se había documentado a fondo sobre múltiples y minúsculos detalles, acopiando todos los pormenores sobre la historia y la personalidad de la mujer que fuera la amante del Greco y la madre del hijo que se crió con él, mientras ella purgaba su desliz encerrada en un convento... Sabía, por ejemplo, que en el museo donde se iba a rodar la película, nunca había vivido el pintor, ni en sus sótanos había tenido el Marqués de Villena, como también se cuenta, su laboratorio de alquimista y nigromante, desde el que algunas noches, convertido en murciélago, saliera en busca de los placeres que su mujer le negaba...

Al edificio, coronado por un torreón acristalado, se llega serpenteando por el estrecho y quebrado callejón de Samuel Leví, que se abre paso entre la sinagoga del Tránsito y la puerta principal del museo. La actriz trató de impregnarse del espíritu de aquellas piedras, de aquellas estancias y corredores, imaginándose cómo se habría movido la amada del pintor por aquellos cuartos, si éstos hubieran existido... Se imaginaba entrando por el portón trasero, la puerta del jardín; sólo era la amante, Doménico le habría abierto a espaldas de su servicio; se habrían parado tras cada uno de los chopos para esconderse y besarse, bajo cada uno de los porches, con el temor a ser observados desde alguna de las celosías que cubrían las ventanas; se habrían amado en las caballerizas, sobre la paja fresca, sobre el heno recién cortado, al calor de los caballos o, si lograran alcanzar sin ser vistos la pequeña escalera que subía al torreón, en lo más alto de la casa, queriéndose mientras contemplaban bellas puesta de sol y escuchaban el piar de los vencejos y las golondrinas, que surcarían la estancia aprovechando la ausencia de cristales.

El primer día, mientras le llegaba la hora de ponerse frente a la cámara, había recorrido todas las estancias del museo, explorando cada uno de los rincones que, cerrados al público y sin vigilantes, adquirían una aureola inquietante y acogedora, a medida que oscurecía y ella caminaba sobre las losas desnudas, sin preocuparse de encender las luces. Llegó así hasta lo más alto del torreón y se encontró la puerta cerrada. De entre las sombras apareció una figura que la sobresaltó. Se presentó a sí mismo como Enrique, el vigilante nocturno, y se ofreció a abrirle la pequeña portezuela; ella no supo qué responderle, el timbre de la voz había sonado en sus oídos como una caricia y, al mirarla, los ojos del desconocido parecían resplandecer. Se sintió turbada mientras un escalofrío de placer erizaba el vello de su piel; apenas pudo decir que sí con un ligero movimiento de cabeza. Él sacó una llave tan antigua como el resto de los muebles que decoraban la estancia y le franqueó el paso, para que ella contemplara el espectáculo de una agonizante puesta de sol, del que sólo quedaba una pálida raya de luz en el horizonte más lejano, y escuchara como los vencejos buscaban la oscuridad, volando bajo el artesonado. El vigilante la aguardaba junto a la puerta, pero ella lo sintió todo el tiempo a sus espaldas con tanta intensidad como si la tuviese abrazada.

Cuando un día después, caída la tarde y finalizado el último ensayo, volvió al torreón antes de que se rodaran las tomas definitivas, no lo hizo tanto porque necesitara seguir explorando la casa como porque deseaba volver

a verle. Enrique parecía estar esperándola; le abrió la puerta sin preguntarle si era eso lo que quería, y tuvo la intención de quedarse bajo el quicio, aguardando como la vez anterior; fue ella quien lo tomó de la mano y fue ella quien primero buscó sus labios. Se besaron intensamente, sin pausas, sin sosiego, sin respiro, sin palabras, sin saciarse, sin sentir o pensar que tras los besos tuvieran que llegar otras caricias. Cuando se dio cuenta de que los vencejos habían dejado de oírse, bajó corriendo las escaleras, iluminadas apenas por una resplandeciente luna llena, mordida por vaporosas nubes grises.

Buscó a sus compañeros para darles una explicación de esa ausencia que, posiblemente, retrasaría un día el final del rodaje; así es que le sorprendió encontrar a los técnicos recogiendo los equipos de luz y sonido, como si todo estuviera acabado. El director la saludó alborozado y le sonrió cariñoso: *“Has estado magnífica, nunca te había visto así”*. La abrazó efusivo y, sólo cuando se despedía, se volvió para decirle que felicitara también a los maquilladores: *“Estabas completamente transformada”*.

Paloma regresó al museo la noche siguiente. El edificio cerrado, sin cámaras, luces ni cables a su alrededor, le pareció abandonado, como las vacías callejuelas que lo rodean y que cierran todos sus comercios y talleres de artesanos tan pronto como desaparecen los turistas. El timbre que pulsó retumbó a lo largo de las estancias desnudas, rebotando de pared en pared. Confiaba en que Enrique saldría a abrirle pero, después de una larga espera, fue un hombrecillo de pelo blanco y alborotado quien se asomó por un ventanuco de la puerta principal. La reconoció enseguida y le franqueó la puerta, feliz con la inesperada visita. Ella accedió, pero preguntó impaciente por Enrique. ¿Enrique? No, no había ningún vigilante nocturno que se llamase así; y esa noche, como las dos anteriores, estaba solo.

El guardián accedió a acompañarla al torreón. Subió las empinadas escaleras, como si todavía no hubiera perdido la esperanza de que, de entre las sombras, fuera a surgir una vez más el hombre que la había besado hasta hacerla olvidarse de sí misma. Su acompañante bajó la manivela y la puerta se abrió sin necesidad de llave. La luna, que apenas había menguado y casi parecía llena, iluminaba la estancia; pero ni los vencejos ni la fresca brisa de la noche podían atravesar los cristales que cerraban sus ventanas... Sólo una sombra oscura aleteó por el artesonado. *“Es un murciélago”*, le explicó el vigilante para que no se asustara.

Paloma sintió que alguien la cogía del brazo y los aplausos la sacaron de sus recuerdos. Sobre la pantalla que ocupaba el fondo del escenario se pasaban las imágenes en blanco y negro de aquella escena tercera de la segunda secuencia en la que ella estaba totalmente transformada en su personaje. Aquél había sido el momento más glorioso de su carrera... y no recordaba haberlo vivido. Se levantó de la butaca y, tan erguida como los muchos años cumplidos le permitían, subió al escenario. Los aplausos no paraban. Ella, de espaldas ya a la pantalla, se acercó al micrófono cuanto pudo y confesó: *“Ésa no era yo... Era Jerónima”*.

Los aplausos se hicieron más fuertes y algunos de los asistentes se levantaron de sus asientos para vitorearla. Paloma no pudo contener las lágrimas... pero no eran de emoción, sino de soledad, de vacío, de tristeza.

Llevábamos todo el verano esperando ese momento. El mar traía un estreno de Cronenberg, películas danesas y septiembres blandos. Nosotras habíamos visto muchas películas pero ignorábamos todas las mentiras que el cine esculpe en el rostro de una mujer. Tal vez no las ignorábamos, sólo las convertíamos en verdades. Ese era el pacto. El director vendía la mentira en los ojos de la actriz. Nosotras creíamos que el director era la mirada que emergía de sus ojos huecos. Luego, descubrimos que el director era el verdugo. Y comprendimos que los ojos de la actriz podían ser nuestros propios ojos. En Septiembre de 2007 Nuria Tolós y yo fuimos al festival de San Sebastián movidas por un único impulso: estar a escasos metros de Liv Ullman, la actriz fetiche de Ingmar Bergman. Cuando tramitamos la solicitud, ninguna de las dos sospechábamos que una noche de agosto de ese mismo verano, el mítico cineasta sueco fallecería en la isla de Faarö. Alguien pensó que la muerte debía parecerse a una playa de invierno o a un lugar remoto donde el silencio consigue estallar. Y alguien, seguramente nosotras, pensamos que la muerte de un artista hacía el mismo sonido que un espejo roto, reflejando cientos de fotogramas sin historia. Pensábamos que Liv Ullman era exactamente eso, un reflejo de Bergman que aprendería a sobrevivir encerrada en el cristal del tiempo, una imagen del sonoro que debería acostumbrarse a vivir de nuevo, sin palabras. De forma que ninguna de las dos fuimos al encuentro de Liv Ullman, fuimos a encontrarnos con Ingmar Bergman. Buscábamos todo aquello que Bergman hubiera dejado escrito sobre el rostro y el cuerpo de su musa.

Liv Ullman salió del coche, pero no apareció el rostro fácil y ambivalente que esperábamos escudriñar, sino una mirada serena como de espuma de mar tomando forma, que se esforzaba en desvelar sólo lo imprescindible. A medida que se acercaba saludando a izquierda y derecha, desfilaron ante nuestros ojos, algunos de sus mejores personajes: la confundida Marianne de *Secretos de un matrimonio*, el tormento existencial de la Elisabeth Vogler de *Persona*, la indolencia seductora de la María de *Gritos y susurros* y la serenidad última de la Marianne de *Sarabanda*. ¿Cuáles de todas esas imágenes seguían existiendo dentro de aquella mujer? Lastrada por haber estado siempre vinculada al nombre del director sueco, Liv Ullman aparecía ahora, no como una viuda, sino como la roca de una isla desconocida, sabia, anciana y hermosa como sólo algunas cosas verdaderas consiguen serlo.

El festival se clausuró, pasó el tiempo y esa mirada de sal, pensada y tierna, venía a mi mente con bastante frecuencia. Hasta que un día cayeron en mis manos sus memorias. Liv Ullman contaba que cuando Bergman la había visto por primera vez le había dicho “tú y yo estamos dolorosamente conectados”¹. ¿Qué significaba aquello? En la historia del cine que nos cuentan en los libros, las revistas especializadas y la universidad, el autor únicamente es uno, normalmente masculino y casi siempre omnipotente. Así, nosotras habíamos oído hablar con mucha frecuencia de “la Liv Ullman de Bergman”, de la “Anna Karina de Godard” o de “la Monica Vitti de Antonioni”. La opinión general parecía estar bastante de acuerdo en que la totalidad del talento de Liv Ullman pertenecía al director sueco. Pero en el terreno frágil, sutil, en que lo personal se mezcla con lo artístico, a nadie se le había ocurrido que parte de la obra de Ingmar Bergman pertenecía al talento de Liv Ullman, o

¹ Choices. Liv Ullman. Autobiografía. 1984. Alfred a Knof.

en otras palabras, que podía haber un “Ingmar Bergman de Liv Ullman”. En sus *Memorias*², Bergman cuenta que en *Gritos y susurros* había tenido que parar un par de horas tras rodar la escena en que María y Johannes se miran en el espejo, porque algo de lo que había visto en la imagen le había sobrecogido. No había sido el texto, él mismo lo había escrito, sino ella: la forma en que su rostro en primer plano modificaba sutilmente el gesto acogiendo cada una de sus palabras, dándoles vida, convirtiendo su texto en algo plástico, lleno de matices, cambiante, intenso, tangible. “Dios mío ¡qué actriz! Delante del espejo, en su cara, no se movía nada, pero debía de haber algo dentro de ese vacío, no sé el qué, misteriosas partículas”³. Pero ¿qué otra cosa podía significar ser actriz sino convertirse en el cuerpo visible del autor? Allí donde no llegaba la pluma ni la cámara de Bergman, llegaba el desasosiego del gesto de Liv Ullman, su boca temblorosa, su mirada introspectiva, privada, vacilante, de tormenta incipiente. En 2009 Liv dirigió la obra de Tennessee Williams *Un tranvía llamado deseo* en Nueva York. En una entrevista que le hicieron a propósito de este estreno, la actriz manifestó su intención de dirigir y dar su punto de vista sobre dos obras de Ibsen: *Casa de muñecas*, y *Hedda Gabler*. Liv declaraba que quería dirigir una *Hedda Gabler* en que se viera el lado humano del personaje; el entrevistador le replicaba que eso era manipular el sentido original que el autor había querido darle a la obra, a lo que Liv Ullman respondió: “¿Y cómo sabe usted que Ibsen no quiso decir exactamente eso?”⁴ El entrevistador se quedó mudo. Los ojos de sal de Liv Ullman habían aprendido a crear interpretando, como si la interpretación y la creación fueran en realidad dos facetas de un mismo acto. Nunca me quedó claro qué parte de cada uno había en las películas de Bergman que protagonizó Liv Ullman. Pero cuando pienso en ello, me viene a la mente una de las escenas de *Sarabanda*, la obra póstuma de Bergman. Es el momento en que Johannes y Marianne ya ancianos se abrazan desnudos y Johannes le dice a Marianne: “no te haces vieja, sólo tienes más años”⁵.

Comprendo que en esa escena hay un guiño íntimo que al espectador se le escapa. Comprendo que era esa la historia que Liv Ullman trataba de proteger con sus ojos amurallados aquella tarde en el festival de San Sebastián. Comprendo que es imposible resolver el enigma de la autoría de las películas. Quizás la clave esté en aquello que Bergman le dijo a Liv Ullman cuando se conocieron: “tú y yo estamos dolorosamente conectados”. Pero las razones de ese dolor no nos pertenecen, son parte de otra historia que no se proyecta en fotogramas ni se puede romper con el sonido de un espejo inmortal.

² La linterna mágica. Autobiografía. Ingmar Bergman. 1987. Tusquets.

³ Conversaciones con Ingmar Bergman. Oliver Asayas. Stig Björkman. Lindau. 1990

⁴ Liv Ullman, An independent woman. New York Magazine. Daphne Merkin. 2001

⁵ Fragmento extraído de la película *Sarabanda*. Ingmar Bergman. 2003.

Aquí estoy, en mi habitación, sumergida entre las finas sábanas, frías, solitarias como yo, intento escuchar el silencio, escuchar... Nunca me había percatado del silencio, tan vacío, tan inmenso, tan abismal que ha quedado.

Ahora ya es tarde para el miedo, para intentar buscar una mano ¿amiga? Y asirme con fuerza a ella, ya es tarde...

Miro el teléfono, indiferente a mi llamada de auxilio, inerte ante mi angustia y desespero, si al menos sonara una vez me sacaría de este largo túnel en el que he comenzado este inexplotable camino, tan largo, tan frío, tan vacío como yo. No sabría decir si al mirar el reloj pasan los minutos o está inmóvil y ya no pasa nada, sólo pasa la vida.

El tiempo se suma al silencio, no hay tiempo...

Miro mis manos, blanquecinas, casi sin vida pero aun tendrían fuerza para aferrarse a una última ilusión, a un soplo de vida, vida... Ya se escapa de mi cuerpo la vida, respiro con dificultad...

Nadie me llama, nadie me recuerda, tal vez unos minutos más y no me sienta perdida en ese largo túnel que me espera. Tal vez mañana para el mundo sea alguien, tal vez vivirá en el recuerdo de alguien, pero hoy, sola, aquí conmigo misma siento el frío de la muerte, pese a que sus brazos me adormecen, me embriagan, quiero evadirme y, creo que ya es tarde...

He visto mi vida como una película y comparto contigo, mamá, estos últimos momentos, te dejo escrito el resumen de mi joven vida, quizá en algún momento llegue a tus manos... tengo miedo, mamá, dame la mano, no me sueltes nunca más. Tal vez mi vida quede resumida así, con lo que hice.

Mamá, mamá, quédate un poco conmigo, toma mi mano, tengo frío y está oscuro...

Mamá, siempre estuvimos separadas, nuestras vidas fueron vidas rebeldes, para mí no fuiste la *malvada* madre, aunque quizá, yo fui para ti, o tal vez quise ser, la *adorable pecadora*. En la *jungla de asfalto me siento rejuvenecer*, tal vez al pensar en ti, aún sabiendo que estamos tan lejos, así como si tu estuvieras en *Niágara*, y yo, aquí, entre *luces de candilejas*.

Llegué a sentirme como los *inadaptados*, pero mi juventud pasó como *con faldas y a lo loco*, a veces me sentí como *Eva al desnudo*, otros, tal vez me vieron como *una Eva* y *dos Adanes*, me criticaron como el *príncipe* y la *corista* y , aprendí, y llegué a sospechar que *los caballeros las prefieren rubias*, y fue la *comenzón del séptimo año* cuando sopesé la opción de *cómo casarse con un millonario, el multimillonario*... Pero, eso sería un *amor en conserva???*

Una palabra difícil: AMOR.

Tengo frío...

Mamá, te resumo en cuatro páginas de la vida lo que viví, sin ti...

Mi vida fue un *río sin retorno, something's got to give*... Te dejo mis memorias *and milestones*, a ti mamá, en recuerdo a la actriz que quise ser.

Mamá... toma mi mano...

Mamá, siento que *mientras la ciudad duerme, entra en niebla en el alma*, en mi alma!!!

He resumido mi existencia, para ti, mamá.

Mamá, tengo miedo, no sueltes mi mano... mamá, quisiera oír de tus labios mi nombre. Aunque me recuerden como *la tentación vive arriba*, llámame Norma...

Mamá, tengo miedo, mamá...

Marilyn... Marilyn, despierta, hoy tienes una rueda de prensa... Marilyn... ¿Marilyn?... MARILYN!!!

“L’aplaudiment va ser tan sonor i insistent,
que vaig haver de respondre amb diverses reverències.

Quan tot acabà, estava atordida de felicitat.
I aleshores vaig saber que allò, solament allò,
havia de ser la meua vida,
havia de ser el meu món.”

LENI RIEFENSTAHL (1902-2003)

8 de setembre de 2003. Pöking, Baviera. 18:48 hores. A la vora del Danubi, bressolada per subtils ones daurades que semblen més bé bafarades d’oli, la barca sura en un cadenciós silenci. La jove periodista accedeix sense dificultats a l’*Starnberger See*, el vaixell-vivenda d’una entrevistada que admira i tem a parts iguals. Li n’havien parlat agredolçament, de Leni Riefenstahl, però el periòdic vol escorcollar un poc més en els seus records, sucari-li alguna anècdota de més i, ateses les circumstàncies, cal dir que si no s’apressen a recollir-ne el testimoni potser serà massa tard. La cineasta, de cent un anys, pateix càncer i doloroses fiblades dorsals: entrebancs fisiològics que no li igualiren un dels seus darrers projectes documentals, el de submergir-se oceans endins per tal d’enregistrar els misteris d’un món marí que, ara, des de la seua vivenda oscil·lant, enyora.

Asseguda en la part més assolellada de l’embarcació, l’amfitriona rep la redactora amb una succinta encaixada de mans, sense escarafalls ni besades: mai no li agradà el contacte dels llavis aliens, ni tan sols quan els protocols més anquilosats requeriren d’un tracte de major empremta. Coberta per un barret de palla de probable origen senegalès, el seu rostre hieràtic, impassible i vivaç alhora, constata una aferradissa visió de la vida i del treball: ancoratges als quals l’entrevistada no renuncia encara, malgrat l’edat i l’ineludible avanç del verí que la corca per dins en una silent, i potser desitjada, batalla final.

Les primeres preguntes enceten una conversa plàcida, just com el capvespre que acull la trobada. Un dels objectius de l’encontre és el d’obtenir una síntesi més o menys vàlida del que ha estat la contribució de la directora alemanya al conjunt de la cultura audiovisual germana i, filant encara més prim, dins del context internacional de la història del cinema. *No* hi haurà, per contra, mencions al vincle de la cineasta amb el Führer; el leitmotiv de pràcticament totes les entrevistes que Riefenstahl ha realitzat des dels anys seixanta, tenint en compte –o no– tot el que ella ja es va encarregar d’aclarir judicialment el 1948, quan va aconseguir desempallegar-se d’una filiació nazi que sempre se li retreu amb una certa xafarderia, com si el reporter de torn sospitara que encara hi ha sinistres capítols pendents de ressuscitar. En ser preguntada per *Olympia* i *El triomf de la voluntat*, dos dels seus grans films de la dècada dels trenta, l’artista apel·la de bell nou a la perfecció d’uns enquadraments, al bastiment d’una estètica incorruptible, de les quals mai no deixarà d’enorgullir-se’n. Tot i que la periodista no hi fa esment, la directora rememora els entrebancs amb què el senyor Goebbels qüestionà el desenvolupament d’aquells rodatges cabdals. Al cap i a la fi, sospira la creadora, aquells treballs perviuran en el temps; el Tercer Reich, afortunadament, no.

La visitant pren nota de cada comentari mentre la gravadora captura fins a l’últim mormoleig de la xarrada. Mentrestant, els mínims gestos de la directora es contorben en repassar els encàrrecs cinematogràfics d’un Hitler, d’una difícil etapa, que ja ha pràcticament oblidat, com si en realitat la seua influència s’haguera esborrat abans d’hora. Hi ha el record boirós de la segona Guerra Mundial, el patiment implícit d’uns anys on perdé moltes més coses a banda del prestigi, però no hi roman el ressentiment contra tots aquells que

s’esforçaren de valent per tal que el seu talent es dissipara, polsegós, en l’obscuritat d’un búnquer. A diferència de molts comportaments humans, recapitula, l’art és estoïcisme. L’art és sempre lluita.

En escodrinjar de prop el seu rostre, la redactora assumeix que aquella cara solcada de vivències, d’atzarosos trets existencials, no sols amaga una vida sinó moltes altres, just com les seues polèmiques, polisèmiques, obres. La sedueix, per tant, l’afany d’una cercadora incansable d’imatges i de moviments que, mitjançant les seues compassades paraules, confessa que ha viscut més del compte per tal d’aconseguir filmar tot allò que un dia es prometé: en el repte, per tant, hi ha el pacte quant a longevitat. L’aventura del cinema és prodigiosa, com la mateixa vida, assevera amb credulitat. Sense penediments.

En un moment donat, és Leni qui esguarda el perfil de la periodista, mentre li enveja un poc l’edat, la llibertat d’una cabellera rebel i fins i tot uns texans apedaçats, estripats per les butxaques. En certa mesura s’hi veu reflectida al temps que celebra les petites victòries en matèria de gènere que ella contribuï a forjar precisament quan el fet d’empunyar la càmera era ja un desafiament implícit al gremi, a la societat i a tot allò que el món esperava d’ella. Tal vegada he arribat a les portes d’aquest nou segle per endevinar com hauria estat la meua carrera en aquests temps, cavil·la l’ex-estrella, qui abandonà la seua trajectòria com a actriu precisament per passar a comandar i traçar les regles del joc fílmic.

Tant de temps després, a l’Àfrica, mentre es rescabalava de passats desencisos, el retrat d’un univers primitiu i animal la tornà a reconciliar amb una indústria de la qual sempre se sentí, més que desplaçada, expatriada. El viatge geogràfic no sempre implica un desplaçament real tot i que els projectes que desenvolupà al vell continent li permeteren consolidar el seu vigorós discurs, tot reemplaçant els prejudicis per reformulacions; els complexos, per reivindicacions.

Ben mirat, és aquest to vindicatiu el senyal que tanca l’entrevista després d’una dotzena d’interrogants oberts. L’anciana, enrojolada i satisfeta, alça subtilment la mà per dibuixar un tebi comiat. La jove agraeix l’avinentesa per mitjà d’una carassa que podria ser compatible amb un gest de deferència mentre s’encamina cap a la passera d’eixida de l’embarcació. Si més no, és conscient d’haver compartit uns minuts amb una de les primeres i alhora grans llegendes de la cinematografia. L’envelliment i comprensible abaltiment, però, no li han restat gens d’entusiasme al seu testimoniatge, ben poderós encara.

Tot seguit, el crepuscle li guanya distància a l’horitzó, ara entelat per la broma ataronjada que naix entre els salzes. El balanceig encalmat del vaixell amanyaga l’autora, qui observa des del seu flonjo seient com una bandada de cornelles alça el vol sobre els capcirons dels arbres. Arrupint els ulls, sembla que és ara la seua mirada la que copsa el moviment de les aus, glaçant-la per sempre en una postal idíl·lica, un *tràveling* casolà d’aquells que esdevenen valuosos a mercè d’una espontaneïtat miraculosa, de pur natural.

Així mateix, la fi de la vesprada li accentua un cansament que sembla redoblat per les anteriors evocacions. Recordar no sempre és commemorar, es perdona a si mateixa. Llavors, de colp i volta, com si una becada involuntària l’envaïra per sorpresa, les parpalles se li marceixen com una efímera flor d’estiu. Un estremiment a l’espinada, un breu i definitiu calfred, se li encomana al rostre, mentre acluca els ulls, serena, en el tràngol d’un adéu ara definitiu.

En cloure el seu esguard, sembla que no sols la seua vida es fon en negre, sinó tot un segle convuls que ara, tot d’una, s’esvaeix en una ràfega de fotogrames inconnexos, accelerats i recognoscibles alhora. Poc després, el focus assumeix una anhelada obscuritat mentre el riu, amarat de vivències, arrossega corrent avall la memòria d’un llegat inconfusible. Riefenstahl, ressona en les aigües, com si l’eco d’un ensonyament esdevinguera mite i, en la llunyania, enyorança.

El despacho de dimensiones ínfimas resulta claustrofóbico. Un gran sofá, de color rojo desvaído, ocupa toda la pared de lado a lado. Enfrente, una mesa abarrotada y dos sillas bajo un ventilador que ronronea. El hombre es un señor repeinado con la grasa de su cabello y unos tirantes que apenas sujetan su panza. Examina a la joven que permanece de pie frente a él y que, como indica su informe, ha estado trabajando de modelo. Esos labios con pulpa y esas curvas le turban. Percibe magma a punto de brotar de sus pechos.

—Siéntate de nuevo, querida, siéntate... —indica con la mano el orondo ejecutivo tras haberla observado a placer— ¿Así que querrías trabajar para la 20th Century Fox?

El hombre se levanta y camina hacia ella, abriendo los brazos como si abarcara el infinito.

—Veremos qué podemos hacer para convertirte en... ¡una estrella! —Sobreactúa.

La joven Norma Jean sonríe obligada y asiente con la cabeza mientras él se coloca tras ella y juega un rato con uno de los caracoles rubios de su pelo. Su agente, Emmeline, le recomendó cambiar su castaño rojizo por aquel rubio platino; dijo que así resultaba más atractiva. Con ella sentada, él adquiere una posición dominante. Eso parece gustar mucho al hombre quien deja resbalar una mano por su hombro; el dedo índice roza su seno sin disimulo. Ella aspira un sucio aroma combinado de brandy y puros. El aliento es fétido pero no se resiste.

—Muy bien, preciosa. Comenzaremos por buscarte un nombre potente, exótico, algo francés, algo como... —chasquea los dedos mientras piensa—: Françoise, Eloise, Marilyn... —se detiene de golpe—. Sí, sí... ¡Marilyn! Como Marilyn Miller, la estrella de Broadway. ¿Qué te parece?

Emocionado, se arrodilla a sus pies y apoyando descaradamente sus manos en las caderas de la futura actriz, susurra: —Acabas de nacer, Marilyn Monroe.

Plano general

El director Billy Wilder grita “Acción” por cuarta vez, y el pasillo del tren de “Con faldas y a lo loco” regresa de nuevo a la vida en forma de música. Al fondo del vagón se agolpa la banda donde, ocultos bajo sus disfraces de mujeres, Tony Curtis y Jack Lemmon fingen tocar sus instrumentos en ese grupo de chicas. En medio del pasillo, de pie, con un escote de vértigo, Marilyn se abraza a un ukelele mientras canta “*Runnin’ Wild*”.

Stop.

El realizador detiene la escena y, a un movimiento malhumorado de su índice, la belleza rubia acude sumisa. Adora a Billy, a él le debe su éxito más sonado, “*La tentación vive arriba*”. No quiere decepcionarle. Él la coge del brazo, como el padre que nunca ha conocido, y la aparta a un lado del equipo donde no les oigan. “¿Qué ha sido eso?”, le pregunta. Ella encoge ingenuamente los hombros. “¿No lo sabes? Los flirteos los quiero para mi cámara, ¿comprendes? Ese contoneo de caderas... ¡es mío! Esos pechos agitados al ritmo... ¡son de mis espectadores! Y si esas miradas... si esas miradas tuyas se las dedicas a él y no a mi operador... ¡estás fuera! ¿Lo has comprendido?”. Ella asiente pero él insiste apretándola más fuerte.

Marilyn regresa al escenario frotándose el brazo. Nunca comprenderá a los hombres. Jack la observa apoyado en el contrabajo intentando descifrar qué ha ocurrido. Debe de ser el único del equipo que aún no sabe que Tony y ella mantienen una aventura. —“*Vamos, niña*”, le dice Lemmon con una sonrisa muy franca para animarla. Ella suspira mientras recoge su ukelele. Sabe que la película triunfará. Quizá a lo grande. Volverá a ser entronada en ese papel de rubia tonta, voluble. Será la dulce “*Sugar*” para siempre. No sabe distinguir si eso le agrada o le provoca pánico. Suena la música de nuevo, Billy ya no la deja pensar. Ha de

darlo todo. Esta vez ganará el Globo de Oro. Sí, debe seducir. “*Finge, Norma, finge*”, se dice mientras fija los ojos en la cámara de Billy Wilder... “

Se escucha: “*Luces, cámaras... ¡acción!*”

Primer plano/ Cámara subjetiva

La respiración es tan agitada que puede sentir cómo cabalga sobre su cuerpo. Hace tiempo que tiene ataques de pánico y no consigue dominarlos. Por culpa de ellos, llega tarde a los rodajes o abandona el plató sin explicaciones. Su maquillador, su gran amigo, Whitey, sabe calmarla fotografiándola, pero ahora ella está en su apartamento, sola y tiene miedo.

Extiende sus manos y observa su temblor. Le falta el aire. Recuerda el consejo de su terapeuta, intenta contar lentamente hacia atrás. Absurdo. No lo consigue. Se ahoga. Acude al tocadiscos. Pone algo de Beethoven, le gusta su fuerza. Sí, le agradan los clásicos y leer, lee mucho; aunque las rubias tontas no son inteligentes. Se concentra en la música pero algo entorpece la pieza. Es el pitido del teléfono que, descolgado sobre el suelo, sigue protestando. Lo coloca en su sitio recordando la conversación: “*Clark Gable ha muerto*”. Silencio. “¿*Marilyn, Marilyn, me oyes? El funeral...*”. La débil Norma Jean, soltó el auricular al escuchar la noticia. No podía creerlo. Apenas doce días atrás, Clark y ella celebraban juntos el final del rodaje de “*Vidas rebeldes*” y ahora, ahora... Clark está muerto. Muerto.

Se descalza y se sirve una copa. El vinilo se agota y la aguja ronronea sobre su final. Se gira para acudir a cambiarlo y, al hacerlo, cree ver una sombra en la pared del comedor.

— ¡Maldita! —le grita.

Arroja la bebida al suelo y, a propósito, pisa los cristales. “*Tan esquizofrénica como mi madre*”, piensa. Se ríe. Ahora llora. Se vuelve a reír. Se tapa la cara con las manos.

—Llévame, llévame —suplica—. Llévame ahora con mis hijos... ¡Ven! ¡Ven a por mí, a por mí!

La alfombra se mancha de su sangre y una Marilyn agotada se desploma sobre ella. No tiene fuerzas ya para luchar. No le importa el dolor. No es nada comparado con sus abortos, con su vacío, con las ausencias.

“Sugar”, famosa, morirá sola.

Hans nunca entendió el cambio. ¿Por qué las mujeres se transforman tras la boda? ¿Por qué dejan de ser mariposas y se convierten en gusanos?

Hans tuvo la absoluta certeza de haber hallado a la mujer ideal en el mismo instante en que se cruzó con ella en aquella maldita fiesta. Ya estaba a punto de regresar a su casa cuando, entre una nube de humo, vio salir del lavabo de señoras a la diosa de la hermosura. Se movía con la misma elegancia con que Greta Garbo descende del tren en *Ana Karenina*. No llevaba, por supuesto, los suntuosos abrigos que pudieran protegerla de los inviernos moscovitas. Su vestido, más adecuado sin duda para aquella noche mediterránea de finales de verano, estaba inspirado en el que Givenchy diseñara para Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes*. Hans quedó petrificado ante tanta belleza. Aquella mujer combinaba la dulzura que muestra Ingrid Bergman en *Recuerda* con la insolencia de Katharine Hepburn en *La fiera de mi niña*. Sin embargo, Hans se sintió ridículo. No había sabido reaccionar y, con una expresión más propia de Wody Allen que del seductor que creía llevar dentro, permitió que pasara junto a él sin dirigirle una sola palabra. Ciertamente no había estado a la altura. Debería haber actuado con la seguridad con que Clark Gable observa a Vivian Leigh mientras baja las escaleras en *Lo que el viento se llevó*, hundiendo su mirada en los ojos de ella y exhibiendo aquella sonrisa de superioridad.

Hans analizó fríamente su situación y finalmente optó por acercarse a ella con la dignidad de Humphrey Bogart cuando, en *El halcón maltés*, recibe la visita de Mary Aston. Sin perderla de vista, retrocedió hasta la barra del bar y recogió dos copas de champán. Ella parecía estarlo esperando, apoyada en una de las ventanas, con la vista perdida en los jardines del edificio. Hans le ofreció una copa y reprodujo, con alguna leve variación debida tan solo a su escasa memoria, las palabras que Richard Gere dirige a Julia Roberts en *Novia a la fuga*:

—*Te garantizo que habrá épocas difíciles y te garantizo que en algún momento uno de los dos, o los dos, querremos abandonarlo todo, pero también te garantizo que si no te pido que seas mía me arrepentiré durante el resto de mi vida porque sé en lo más profundo de mi ser que estás hecha para mí.*

Aquella misma noche Hans la invitó a tomar una última copa en su casa y por fin pudo hacer realidad su eterna fantasía. En la pequeña pero resistente mesa de su cocina, se sintió el protagonista de la ardiente escena de *El cartero siempre llama dos veces*.

Ella pronto comprendió que el amor de Hans por el mundo del cine superaba los límites de lo razonable y que muchas de sus actitudes podrían considerarse sin duda alguna como patológicas. Sin embargo, durante unos meses, aceptó con agrado y hasta mal disimulado entusiasmo las propuestas de Hans. Aquel juego le parecía inocente y aumentaba su autoestima día tras día. Es más, ella misma tomó algunas iniciativas que avivaron hasta confines nunca anteriormente explorados la pasión de su nueva pareja. Suya fue la idea de vivir aquel fin de semana romántico en Casablanca, en busca de algún rincón que recordara el paso por aquellos escenarios de Rick e Ilsa. Suya también fue la decisión de conseguir aquella ropa interior verde y una peluca negra que inmediatamente Hans identificó con la mítica imagen de Shirley MacLaine en *Irma la dulce*. También fue ella quien propuso emular durante nueve embriagadoras noches consecutivas las *Nueve semanas y media* de amor entre Kim Basinger y Mickey Rourke.

Ella nunca antes se había sentido tan viva. Sin saber cómo, acababa de convertirse en la princesa que quiso ser desde niña y había encontrado en Hans al apuesto príncipe azul dispuesto a satisfacerla en todo. A los seis meses de conocerla, Hans pidió su mano en una lancha, mejorando así la escena final de *Con faldas y a lo loco* puesto que ella, a diferencia de Jack Lemon, aceptó inmediatamente la proposición de matrimonio. La boda se celebró pocas semanas después y decidieron pasar la luna de miel en Roma. Hans la convenció de que en ella veía a la princesa

Ana, la protagonista de *Vacaciones en Roma* que, cansada de sus obligaciones, deseaba vivir el resto de sus días con intensidad y sin convencionalismos. Alquilaron una vespa y recorrieron todos los escenarios de la película: el Coliseo, la Fontana de Trevi, la Plaza de España... Comieron helados, cenaron en sencillos restaurantes. Tal vez fuera eso la felicidad.

Dos días antes de regresar, Hans le propuso una nueva locura. Podría ser divertido recorrer los 250 Km que separan Roma de Pompeya para visitar sus ruinas y recordar algunas de las escenas de *Viaggio in Italia*, la intensa y conmovedora película de Roberto Rossellini. Ella tuvo que confesar que no recordaba haber visto ese film. De hecho, ella nunca sintió interés alguno por el cine neorrealista italiano; no entendía qué podían aportarle el sufrimiento y el dolor de unos seres que no tenían siquiera el consuelo de una leve esperanza. Sin embargo, el título que la película tuvo en España, *Te querré siempre*, le pareció un prometedor augurio y aceptó la propuesta.

Ni la pesadez del largo viaje en moto hasta Pompeya, ni el calor agobiante consiguieron disminuir el regocijo de la pareja. Iniciaron la visita con entusiasmo. La Casa del Fauno, el Foro, el Templo de Vespasiano, el Lupanar... Ella gozaba paseando por la ciudad romana abrazada a Hans. Por su parte, Hans sólo se emocionaba cuando reconocía el marco por donde se movieron Ingrid Bergman y George Sanders.

Cualquier espectador habría adivinado que Hans y su acompañante eran dos enamorados en su luna de miel hasta que la pareja decidió entrar en el Antiquarium, el pequeño museo construido dentro del recinto arqueológico. Al llegar a la sala tres, aparecieron ante sus ojos aquellas momias pompeyanas, los impresionantes moldes de yeso realizados a partir de las formas que los habitantes de la ciudad dejaron al morir en la ceniza solidificada. Entrar en aquella sala fue para ella como el despertar de un sueño. Comprendió de repente que llevaba meses viviendo en un mundo irreal, como protagonista de una comedia romántica y que, de golpe, la película de su vida se iba a convertir en un drama. Se acercó a dos figuras de yeso que ocupaban un lugar destacado en el centro de la sala. Aquellas estatuas reproducían con asombrosa precisión el angustioso momento de la muerte de una pareja pompeyana. La mujer trataba de aferrarse a su esposo, mientras que el hombre parecía querer huir de una muerte inevitable.

Ella miró a Hans y rompió a llorar. Hans, en cambio, estaba eufórico: su mujer había tenido la misma reacción que Ingrid Bergman ante la visión de las figuras de yeso. Hans nunca entendió los motivos de aquella reacción y aún menos que, a partir de ese momento, ella dejara de comportarse como una estrella para convertirse en una mujer como otra cualquiera, una mujer de la calle, una mujer normal.

La Cenicienta madurita utiliza agua y amoníaco para limpiar los parapetos de cristal de las viejas leyendas enmarcadas del cine hollywoodiense, cruzando en uno de los espejos una taimada mirada con la joven Beatriz, una de las aspirantes a actriz, que acaba de entrar en la antecámara que precede al Estudio de Grabación. El cutis de Beatriz Morales reverbera la naturaleza de lavarse todos los días el rostro con agua fría de manantial, si nos las diéramos de poéticos. Su anoréxico currículum interpretando a *Bella* en la Sala de Actos de un colegio público —hace ya una constelación— no sería un muelle impulsor para que la escogieran, por eso lo olvida en casa con claros atisbos de premeditación. Algunas de las candidatas que llevan horas esperando fingen taparse los labios de carmín rojo-pasión con la mano impostadamente articulada, dejando escapar por la comisura el colibrí de una sonrisa malévol. Deben de calibrar como osadía que una niña tan pudorosa y abotonada hasta el cuello se presente al casting de una película de serie B, una comedia romántica en la que tendrán —seguramente— que aflojarse el corsé en más de una escena. Éstas llevan una trayectoria de anuncios publicitarios, Escuelas de Danza, Música o Arte Dramático, alardeando incluso del Método Stanislavski... Algunas de las profesionales o no, que lapidan el tiempo disertando con banalidades, han sido actrices de reparto, otras llevan de aval cortometrajes premiados que restringen ufanas con el ego disparado, las hay —un par— que quieren desindexarse del porno, pero eso sí, las que más se regodean son las que han hecho un papel principal en algún largometraje enterrado en los anaqueles metálicos de las polvorientas videotecas de esos barrios depauperados. Estas últimas se dejarían mancillar por un nuevo papel que las catapultase indefectiblemente a la fama. Beatriz se sienta en una silla de metacrilato cruzando bajo la modosa falda sus larguísimas piernas. Sabe de su belleza natural, su inteligencia emocional y su corazón solidario: al menos, así se amerita para sus adentros. La muchacha rubia de bote de enfrente cruza las suyas a lo Sharon Stone intentando desmoralizar a su contrincante con su ausencia de bragas. Beatriz intuye que su presencia solivianta y que, si pudiera, esa *loba* aullaría, o arañaría, o mordería, o quién sabe qué... Nuestra novata soslaya escrutar depilados *vericuetos* distrayéndose con los luminosos ojos de buey del artesonado. La Cenicienta aparece de nuevo en cuadro. Con la fregona empapada en lejía zigzaguea mojando los tacones de las postulantes opositoras: zancos que desafían la ley de la gravedad. La joven Beatriz con los ojos húmedos quiere huir, pensando que ante esa competencia desleal nada tiene que rascar. Pero la Cenicienta madurita la lleva a un apartado y le susurra:

—Soy Cenicienta. Sabes que la Marilyn Monroe ya abrió la lata en su época manifestando en Petit Comité: “En Hollywood remuneran a la actriz con 1000 dólares por dar un beso en la pantalla y pagan 50 centavos por comprar su alma de mujer”. —La apócrifa asistente tiene un gesto de complicidad con la recién llegada: le guiña un ojo pantagruélico—. Pero en los tiempos modernos que corren —continúa— se atesora como un Bien la ética en el séptimo arte. Llevo un siglo trabajando aquí y sé lo que me digo.

— ¿Tú estarás al corriente de un puñado de secretos trabajando de Asistente... , higienizando los intestinos del cine? —Beatriz intenta sin conseguirlo retrotraer unas lágrimas que con la multicolor luz indirecta adquieren tonalidades arco iris.

— ¿Sabías que el primer beso con lengua del cine se lo dio Cary Grant a Ingrid Bergman en *Encadenados*...

—Pues no... —acaba de sonsacarle una sonrisa y baja la guardia.

— ¿Sabías que Frank Sinatra humilló a su esposa Mia Farrow ordenando que abandonara el rodaje de... creo que *La Semilla del Diablo*, cuyo director era Roman Polanski, y se fuera con él a rodar otro film: *El Detective*, y al negarse ésta en rotundo, al día siguiente le giró a su abogado para que firmara los papeles del divorcio? ¿Sabías que más tarde, una vez divorciados ambos, se harían amigos y confidentes, hasta el punto de que Frank propuso mandarles unos matarifes de la mafia a Woody Allen para que le quebraran las piernas por no tratarla con el debido respeto?

—Pues no, no. No tenía ni idea.

—Vamos, te ayudaré en el lavabo a secar esas lágrimas que te afean el rostro de ángel. Un dedal de maquillaje *et voilà*... nueva. Y ya no te hablo de cómo acosó sexualmente Alfred Hitchcock a Tippi Hedren, la suegra de Banderas, durante el rodaje de *Los Pájaros*... , hasta el punto de considerarla como una burda iletrada que se resistía “ahora sí” y “ahora no”, como si fuera los tiernos e inseguros pétalos de una margarita...

Ya en los lavabos, Cenicienta con su delicado pañuelo de seda seca las lágrimas que todavía conservan los colores del arco iris, estampándose en el mismo bordado. Con sibilina argucia desabotona quedamente la camisa de Beatriz desde el cuello hacia abajo, y le confiesa, volcando con tórridos susurros en su oído, que no es una doméstica de la limpieza sino que pertenece al Equipo de Selección de nuevos talentos, estudiando a las candidatas antes de entrar en el Estudio. Seductora, le saca un pechito fuera del sujetador dejando expuesto un pezón que se despereza, y la besa en los labios jugosos justificando que está redactado en el guión de la comedia romántica que filmarán próximamente. Cuando la preservada mano de látex desciende colándose entre la falda de la incauta, el fuego de la pupilas incendiadas de Beatriz se desata en progresión geométrica por todo el cuerpo hasta que siente la dinamizadora explosión de la *pequeña muerte* (la misma que genuinamente concibieran las francesas más desinhibidas).

—Señorita Beatriz Morales... —se oye una voz cavernosa por el altoparlante— puede pasar al Estudio de Grabación para la prueba.

—El papel es tuyo... —asegura Cenicienta con el espíritu libre de Woodstock.

Tras el casting, Beatriz Morales vaga por la Zona Industrial donde están los Estudios Cinematográficos. Lleva la mirada perdida. Las dudas flotan con iridiscentes burbujas en esa atmósfera inverosímil, y con todo lo acontecido... En una de las inhóspitas confluencias, una mágica ráfaga de silencio escurridizo dobla las cuatro esquinas, diseñando una planta de cruz latina invisible y transparente. Hay tanta serenidad y paz recogida que se masca sin ansia ni estridencia... la libertad. Sería de justicia poética ser la Elegida: por su porte, por su talante, por esa timidez natural que se deslizaría a la perfección en el guión como lo hace la vieja tapa de madera en su caja de dominó... Al ultimar el ensayo le aseguran que en diez días le confirmarán por móvil si sí o si no. La joven aspirante a actriz se llena ahora los alvéolos de aire fresco.

Inspirar la colma de mundo. Luego suspira tan profusamente que cree vaciarse enterita por dentro. De cualquier modo queda extrañada de que al despedirse y sondear a la administrativa, ésta le comunicase que entre el personal de todo el Equipo de Selección NO había nadie —válgame Dios— que respondiera al sobrenombre de Ce—ni—cien—ta.

Tras diez días de lluvia interrumpida pude salir del averno donde me esperaba el castigo eterno. Las puertas del infierno se abrieron durante el tiempo que tardaron en reparar el estropicio: ya no había fuego abrasador sino una ingente cantidad de lodo y el vapor de las gotas de lluvia que se esfumaban al rozar las brasas aún al rojo vivo. Salir al mundo de nuevo fue una experiencia estremecedora, pues no era consciente del tiempo que había pasado allí abajo, pero pretendía deambular, invisible, por este paraíso terrenal el tiempo que me fuera posible, hasta que todos nosotros, criminales, pecadores, traidores y delincuentes, fuéramos llamados de nuevo a nuestra penitencia. Sentí el impulso de buscar el rastro que había dejado, si aún quedaba alguna huella de mi existencia corta y efímera, pues nada me aterraba más cuando vivía, que pasar por este mundo sin pena ni gloria. Acudí a bibliotecas y archivos, lugares donde un alma errante no es sino uno más, que se desliza silencioso, navegando entre millones de palabras que descansan ocultas. Busqué entre miles de páginas mi nombre, mi retrato, cualquier signo de mi existencia terrenal. Me percaté de que no era la única que se resistía a creer que ya hubiera caído en el olvido, pues la eternidad, aunque eterna, tiene una relación extraña con el tiempo. He de confesar que es mucha la gente que aparece en los libros de historia, a la que incluso se le dedican tomos enteros, y que permanece por los tiempos de los tiempos, bajo el signo del tridente.

Yo tardé lo que pudieron ser días enteros, con sus noches (pues sufría de insomnio desde que alcancé el descanso eterno), en encontrar mi nombre en uno de aquellos libros. Sus hojas estaban manchadas por la humedad que calaba en aquel sótano oscuro, pero por fin hallé una referencia. Después me enteraría de que fui citada muchas veces más. Sentí algo parecido a un vuelco en el estómago cuando vi mi nombre impreso en tinta negra sobre aquel papel estropeado (¡qué agradable sensación!). Pero fue aún mayor la sorpresa cuando descubrí que junto a él aparecía la imagen de un hombre, un grabado cuidado en detalles, que dibujaba de forma exacta un rostro conocido: mi hermano. Confieso que al principio me costó reconocerlo, pero su mirada profunda seguía siendo la misma, a pesar de que su mentón se escondiera tras una espesa barba y profundos surcos cruzaran su cara fruto de la edad. Sin duda el dibujo lo tomaron tiempo después de que yo muriera. Seguí leyendo, aún sin superar esa sensación confusa que me hubiera acelerado el corazón de haberlo conservado; hablaban de mis méritos como suyos, de mi pasión por el cinematógrafo como suya, de todas aquellas películas, olvidadas ya en mi mente, como tuyas; sin duda le atribuían mi vida entera como suya, al menos de aquellos pedazos de ella de los que nadie se sentía avergonzado. El vuelco inicial se convirtió en una punzada dolorosa, y al ver aquella muestra de inexactitud histórica, que me había borrado de la memoria colectiva, sentí tal impotencia que, de haber podido, hubiera roto a llorar. Desesperanzada salí de aquel sitio que maldije durante lunas, mientras me cruzaba con otros condenados, que simplemente hacían tiempo antes de volver al infierno, conscientes de que este ya no era su sitio. Me vino a la cabeza aquel artículo maldito, y recordé que decían que mi hermano había tenido dos hijos y que uno de ellos heredó su talento, así que me decidí a buscarle. Mientras me disponía a realizar mi exploración, reflexioné sorprendida sobre el hecho de no haber encontrado a mi hermano entre las llamas del infierno, que bien las tenía merecidas.

No tardé en encontrar a mi sobrino, pues cuando no se ha sido bueno se hacen buenos contactos. Se trataba de un hombre mucho mayor que yo (debía rondar los 70 años), envejecido, que se movía con dificultad y vivía solo en un bonito piso en el centro de la ciudad, con las paredes repletas de libros, fotos y alguna que otra pieza de arte de un valor meridiano. Pude ver que disponía de una pequeña sala de proyección y volvió aquella sensación, aquella pasión que me elevaba al oír la cámara, haciendo girar el celuloide, impregnándolo de vida, de vida eterna. Se cayó lo que una vez debió ser mi alma a los pies, al ver en una estantería, al margen de las demás, las viejas latas en las que guardaba mis películas, aquellas en las que registré mi vida, lo que veía mientras vivía. Cuando volví sobre mis pasos pude verle sentado en la butaca de cuero, con la mirada perdida al frente, concentrado, las palmas de las manos descansando sobre el bastón apoyado en perfecta verticalidad en el

suelo, con los brazos estirados, y pude ver el parecido no sólo con mi hermano, sino que me pareció estar viendo allí mismo a mi padre. Otra parte de mí sentía tanta rabia por tal usurpación que en aquel mismo instante le habría arreado con su propio bastón. Interrumpí mi ensoñación, aquellos recuerdos (y deseos), cuando mi viejo sobrino se levantó con gran esfuerzo y se dirigió a un armario cerrado, sacó una llave del bolsillo derecho del pantalón y la introdujo en la cerradura. Cogió una libreta vieja y polvorienta y la dejó sobre la mesa tras cerrar de nuevo aquella puerta, todo con una parsimonia asombrosa, que caracteriza a aquellos que ya no tienen prisa. Rozó con los dedos las cubiertas de cuero, en cuya portada estaba impreso a fuego el nombre de mi hermano. Noté en aquel gesto, suave y cariñoso, unos sentimientos que yo no podía describir, pero por un momento sentí que él sabía que yo estaba allí. Se detuvo un segundo en el umbral de la puerta y noté como me miraba por el rabillo del ojo antes de desaparecer, dejándome sola. Abrí aquella libreta cuando oí sus pesados pasos alejarse y con el dedo pulgar pasé sus hojas a toda velocidad; pude ver la tinta desparramada por cada página de su puño y letra. Volví a la primera hoja y pude leer una especie de dedicatoria, no muy propia de un manuscrito de esa clase: “si hubiera podido decir tantas cosas, hermana”. En ese preciso instante me di cuenta de que no eran sus memorias, sino sus disculpas, que una vez aceptadas por San Pedro le habían abierto las puertas del cielo, mientras yo ardía en el infierno. Pensé tirarle a la hoguera harta de rabia, pero la curiosidad no me dejó hacer otra cosa que leerlo de principio a fin. Hoja tras hoja mi gesto fue cambiando y pude leer una historia triste, la otra cara de una moneda de la que yo nunca había visto uno de sus lados. De un hermano que admira el talento de una hermana que nunca será reconocida, que pasa desapercibida entre miradas condescendientes. Recordé el dolor que no me dejaba respirar y que acabó llevándome a la ruina. Cuantos celuloides vi arder por adversarios poderosos. Hablaba con cariño de aquella hermana que murió de sífilis y de cómo intentó proyectar cada una de aquellas películas sin éxito hasta que las hizo pasar por suyas, “y el mundo pudo verlas por fin”, decía. Entendí por qué nunca había vuelto a verle, debían ser sinceras aquellas palabras. Cuando cerré aquel cuaderno tuve una sensación extraña, pero en ese preciso instante fui llamada de nuevo para reanudar mi penitencia. Ya en paz con mi hermano, pensé que el infierno estaba demasiado vacío (¡cuántas otras habrán quedado en el olvido!).

Obdulia Martínez apretó contra su pecho el preciado premio, se sentía como una diva del cine antiguo, con el glamour que le daba su vestido nuevo, y los focos laureando su recién tintado cabello. Las lágrimas amenazaban con escapar, lo que causaría un desastre en su maquillaje. Tras las felicitaciones y saludos de rigor con los presentadores de la Gala, se vio abandonada en mitad del escenario. Siempre había estado sola con su trabajo, primero su familia lo tomó como un capricho, algo que hacía para no aburrirse, sin muchas pretensiones. Pero cuando empezaron a llegarle trabajillos, aportaba un dinero a la economía familiar.

Desechó esos pensamientos para enfrentarse a este reconocimiento en masa; el micrófono, entre ella y el público. Sus manos se estremecían. Asió fuertemente al pequeño trofeo que empezaba a pesarle en todos los sentidos, rogó con los ojos al techo que no le temblara la voz tanto como las rodillas, y se dispuso a iniciar un discurso que no tenía preparado.

—No tengo palabras —arrancó sin originalidad— para expresar lo que siento y...—los ojos le empezaron a brillar sospechosamente y algo en la garganta se estaba gestando. Miró al público buscando a su familia, su marido y tres hijos, y allí los vio, tan indefensos y fuera de lugar como se sentía ella. Su instinto protector salió a relucir. ¡A la mierda! ¿A mí qué me importa lo que piense toda esta gente? Y empezó su discurso que se había hecho esperar treinta segundos. —Agradezco mucho este premio, del que me siento merecedora. Después de diez años en la profesión haciendo anuncios televisivos y papelillos de extra, es la primera vez que alguien se fija en mí para hacer de protagonista en un largometraje, y de esta manera poder demostrar mi valía como actriz, y parece que lo he hecho con creces. No siento que esto no me pasara antes, pues lo más seguro es que mi vida habría sido otra, y quizás ahora no podría agradecer a mi familia sus apoyo, confianza, y sobre todo paciencia. Por todo ello les dedico a ellos este premio.

—Dicho esto, levantó el pesado trofeo con los dos brazos. Y así salió retratada en todos los periódicos y revistas del día siguiente.

La Gala continuó, pero para Obdulia hacía rato que había acabado. Siguieron subiendo actores, actrices, directores, cantantes y bailarines. Cambiaron a los presentadores y a los que entregaban los premios. Obdulia estaba en una nube de felicidad, productores de prestigio le daban su tarjeta, incluso había un joven director que le había guiñado un ojo, o eso creyó ella. ¡Qué distinto estaba siendo ahora, tras ganar el premio a la mejor actriz secundaria! Todo lo que no fuera ella y su premio le molestaba, incluso su marido le empezaba a fastidiar. Ya no se sentía fuera de lugar, ella era alguien, era una de las elegidas. Todo marchaba a la perfección hasta que oyó una conversación entre dos actrices que parecían tener quince años. Una le enseñaba la cicatriz escondida entre su pelo, y la otra le señaló el escote mientras comentaba que esperaba que ahora la llamaran más. ¿Qué significaba eso? No podía engañarse, aquellas mujeres tenían que afanarse en parecer quinceañeras si querían seguir haciendo papeles principales, y ella, una mujer con cuarenta años, que lo que más había hecho por su físico era ir a la peluquería, no podría nunca ser una estrella. Ya no le gustaba tanto su papel en esta historia.

Obdulia Martínez pasó el trapo por la repisa de la chimenea y cuidadosamente depositó en ella el

trofeo dorado. Un suspiro se le escapó. Terminó la faena, se cambió su uniforme de limpieza, echó un último vistazo al extenso apartamento, y salió a la calle rumbo al metro que la llevaría a su casa. La próxima vez sería una cantante de rock sin familia, con poco más de veinte años, eso sí, no le faltarían admiradores, ni compañía en la cama...

L'actriu va seure en un banc. Encara faltaven unes hores perquè es tancara el carrer i es fera efectiu el permís de rodatge. Anava a començar un viatge, el punt d'arribada del qual no era un destí desconegut, sinó la seua llar. Recuperar el dret robat. Deixar de ser la costella del cinema per a ser el fang, la terra de conreu a partir de la qual brollarien per fi tots els brots xafats abans de néixer. Ja no la utilitzarien per a dir a altres dones, que elles, les dones, no tenen històries que contar. Les seues històries no serien protagonitzades per dones que existien en funció de la relació establerta amb un home. Tampoc seria una nina unflable. Ni una guerrera inventada per a confondre emancipació amb emulació d'un mascle violent.

I no deixava de resultar-li sorprenent que el seu alliberament vinguera de mans de la que fins aleshores havia considerat la seua enemiga, la dona del que havia estat el seu amant. Una dona que devia odiar-la.

Va ser l'amant del director des que rodaren la seua primera pel·lícula junts. Va passar molt de temps fins que va comprendre la sensació de desvaliment que l'ofegava quan ell li explicava allò que havien de sentir el personatges femenins que ella interpretava. Però es deixava fer. En primer lloc, pel respecte reverencial que li havien ensenyat que havia de sentir vers el director—substitució de Déu en aquell món descregut— i en segon lloc, perquè els guions que ell signava en solitari revelaven un profund coneixement de l'univers femení. Es trobava identificada amb eixos personatges molt més que amb tots els altres que havia interpretat al llarg de la seua carrera. Pot ser per açò es va enamorar d'ell.

El director no parlava gaire de la seua dona. Sols que l'havia coneguda en la facultat, quan tots dos estudiaven Comunicació Audiovisual i que des d'aleshores havia format part del seu equip. De fet, la seua esposa era com una ombra escrupolosament discreta al set de rodatge. L'actriu es va assabentar, quasi unes setmanes abans de convertir-se en l'amant del director, que aquella Script atrafegada, sempre envoltada de carpetes, era la seua dona. Ells dos també portaven la seua relació amb discreció, per això la Script va trigar anys a assabentar-se'n. Però quan ho va fer, també va mostrar molta discreció. Un dia se'n va anar del treball més prompte d'allò que era normal per a ella i va esperar el marit a casa. Quan el director va entrar i va veure les maletes fetes als peus d'ella, va pensar que el feia fora de la llar, però tranquil·lament l'Script li va dir que era ella la que se n'anava, que tot era per a ell, que no entraria en batalles legals. I sentint l'alegria de trencar tots els lligams materials, es va trobar més lliure que mai.

Al principi atribuirien al divorci la crisi creativa del director, sobretot pel que feia a la qualitat del guió. L'actriu ho va notar per l'esquematisme dels personatges femenins del guió immediatament posterior a la separació. Quan ella li preguntava com havia d'enfocar la seua interpretació, ell s'enfadava amb ella i no sabia que contestar-li. A poc a poc la relació entre el dos es va anar minant. Ell havia deixat al descobert els seus punts febles i a ella no li agradaren gens.

Un dia estant tota sola a casa, tocaren al timbre. Quan l'actriu va obrir la porta i va veure l'Script, va imaginar-se que anava a esclatar l'escena de zels que havia trigat tant a produir-se. Però pel contrari, es va trobar amb una Script serena que li deia que havia anat fins a ella per a parlar d'un assumpte professional. Sempre l'havia admirat molt com a actriu. Podria semblar una mica paradoxal, però va ser l'Script mateixa qui va aconsellar el director que cridara l'actriu per al primer film que rodaren junts. En realitat des que començaren en la facultat de Comunicació Audiovisual, el director solia fer cas a tots els consells professionals que l'Script li donava, però després la seua actitud condescendent amb ella, eixa manera que tenia de mira-la per damunt del muscle i de pessigar-li paternalment la galta en públic, contribuirien al fet que els altres membres de l'equip d'estudiants de cinema no la prengueren de debò. Era "la núvia de" i quan la "núvia de" va començar a escriure guions de cinema no li va costar res regalar-li'ls a ell, incapaç de defensar cap cosa que haguera nascut d'ella mateixa. A mesura que passaren els anys aquesta foscor i l'anonimat es varen convertir en els seus llocs naturals. Era

incapaç de mostrar els seus talents, ni tan sols creia de veritat que en tenia. El director emprava una manera de dir les coses, d'examinar allò que ella escrivia, que finalment la feia sentir que ho havia escrit ell, o que la seua genial influència estava en el principi de tot.

El dia que va veure'ls besar-se per la finestra de la caravana va resultar ser, contra tot pronòstic, el millor dia de la seua vida. Una hora abans, un company de l'equip acabava d'apropar-la al set en el seu cotxe. Durant el trajecte passaren per uns cinemes en v. o. en els quals es projectava una vella pel·lícula de Lubitsch. Se li va ocórrer comentar en veu alta que un cicle de Lubitsch en el canal culte de televisió li va despertar el seu amor pel cinema quan tenia 12 anys. El membre de l'equip la va mirar sorprès, i amb desagradable sinceritat, va comentar que tots pensaven que ella treballava al cinema perquè el seu home era el director. Amb un "no es així" i unes paraules d'explicació pronunciades amb un nus a la gola, va intentar rebatre sense massa èxit aquella creença que semblava era comuna a tots el membres de l'equip. Després eixe mateix matí veuria al seu home besar luxuriosament i àvida l'actriu. Aquella doble sacsejada va fer que de sobte s'adonara que l'odiava, que l'havia odiat des de quasi el principi. Va sentir fàstic, un fàstic que la impulsava a llevar-se de sobre tot allò que tenia gust a ell. Per això va anar a la casa que tots dos havien comprat, va omplir dues maletes de les coses més necessàries i el va abandonar. A l'hotel, va estar tres dies llençada al llit, amagada com un animal ferit. Però l'abatiment no tenia res a veure en el seu tarannà. Al quart dia va obligar-se a aixecar-se del llit, va encendre l'ordinador portàtil i va rescatar de la paperera de reciclatge, un argument que feia no massa havia llençat a les escombraries perquè al director li semblava massa "femení". Va tardar més o menys tres mesos a acabar-lo, però més de tres anys a trobar-hi cert finançament. Finalment el va aconseguir. Tants anys en equips de rodatge, li havien servit d'alguna cosa. Al quart any, la seua primera pel·lícula legítima començava a ser una realitat. Va pensar en l'actriu per fer el paper protagonista, no per venjar-se del director, sinó perquè en realitat feia ja quasi 10 anys que escrivia tots els papers per a ella. Quan l'actriu la va veure a l'altre costat de la porta va esperar una escena, però es va trobar amb una dona que no la tractava com una musa sense veu i que li prometia deixar de ser un apèndix. I es va sentir culpable per no haver-la descobert abans. Els primers tècnics i els membres de l'equip de producció començaven a arribar al set. Al veure la directora baixar del cotxe que conduïa, es va ajustar millor l'abric. La tasca seria dura. Però totes dues havien superat coses pitjors.



AJUNTAMENT DE VALÈNCIA
REGIDORIA DE BENESTAR SOCIAL I INTEGRACIÓ
SECCIÓ DE DONES I IGUALTAT

PLA **miq** Pla Municipal per a la
igualtat d'Oportunitats
entre Dones i Homes

CENTRE MUNICIPAL DE LA DONA
cmiq

